



Anuario de Historia de la Iglesia  
ISSN: 1133-0104  
ahig@unav.es  
Universidad de Navarra  
España

Martínez Sánchez, Santiago  
Conversación en Pamplona con José Luis Illanes  
Anuario de Historia de la Iglesia, vol. 22, 2013, pp. 359-402  
Universidad de Navarra  
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35527021019>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

---

# Conversación en Pamplona con José Luis Illanes

---

Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ

Universidad de Navarra, Departamento de Historia, Historia del Arte y Geografía  
smartinez@unav.es

El profesor Illanes me recibe temprano en su casa del barrio pamplonica de san Juan, a mediados de agosto de 2012. A ratos, las risas de algunos niños, el aullido de una ambulancia y voces estridentes se cuelan por la ventana abierta del sexto piso; de fondo, un murmullo sordo de coches que circulan fuera y el trajinar de los vecinos de arriba. Al escuchar nuestra conversación grabada recuerdo también el ambiente de aquellas ocho horas de charla, felizmente partidas por un rico almuerzo. Sobre todo, revivo –y comparto con el lector– mi impresión de asomarme a una densa historia biográfica y académica, que su protagonista no evoca con verbos en pasado. Illanes contempla lo antiguo desde el presente, con una precisión que luego me han confirmado el puñado de libros a los que acudí como guardaespaldas innecesarios. Cuanto sigue respeta el orden cronológico de su vida, e intercala (y finaliza con) algunas preguntas sobre las entrañas de su pensamiento<sup>1</sup>.

## I. SEVILLA, 1933-1956. LOS INICIOS

**Pregunta.** Parece sensato empezar por el principio. Por eso, ¿podría dar unas breves pinceladas sobre su infancia y primera juventud sevillanas?

**Respuesta.** Nací el 26 de diciembre de 1933, en plena República española. Mi padre, José Luis Illanes del Río, había sido teniente alcalde de Sevilla y, en las

---

<sup>1</sup> Algunos datos sobre José Luis Illanes pueden verse en: Jaime PUJOL, *Perfil del Profesor José Luis Illanes*, en Tomás TRIGO (ed.), *Dar razón de la esperanza. Homenaje al Prof. Dr. José Luis Illanes*, Pamplona, 2004, pp. 15-32; una entrevista, en *Teología y Universidad. En el XXV aniversario de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (1967-1992)*, Pamplona, 1993, pp. 89-118; algunos recuerdos autobiográficos, *En la Sevilla de los años cincuenta*, en Fernando FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (ed.) *El espíritu de La Rábida. El legado cultural de Vicente Rodríguez Casado*, Madrid, 1995, pp. 235-244 y en *Una teología en el horizonte de la historia, el mundo y la espiritualidad*, en Juan BOSCH (ed.), *Panorama de la Teología Española*, Estella, 1999, pp. 399-413; una relación de sus publicaciones, hasta 2003, en Tomás TRIGO, *La obra escrita del Profesor José Luis Illanes*, en Tomás TRIGO (ed.), *Dar razón de la esperanza. Homenaje al Prof. Dr. José Luis Illanes*, Pamplona, 2004, pp. 33-56; una versión más actualizada de sus publicaciones, en <http://www.unav.es/tmoral/curriculum/illanes/default.html> (consultada, 20-XI-2012).

elecciones de noviembre del 33, fue elegido diputado por la CEDA<sup>2</sup>. Mi madre, María Dolores Maestre Hernández de la Figuera, era hija del alcalde de Valencia, don José Maestre<sup>3</sup>. Se conocieron con motivo de la reunión municipalista y se casaron poco después. Y nací yo en el ambiente tenso de la España de esos años, aunque lógicamente no me di cuenta de nada, ni siquiera de la guerra, que tuvo consecuencias también para mi familia. Entre otras, que mi padre vio truncada su carrera política y tuvo que reemprender su trabajo en Sevilla como abogado.

Mi infancia transcurrió en una Sevilla tranquila, serena, muy agradable. Vivíamos en una casa amplia en el barrio de La Alfalfa, cercano al de Santa Cruz. Recuerdo las procesiones de Semana Santa, la Feria, en la que participaba primero como niño y luego como adolescente, etc. Sobre todo, recuerdo a mi familia. En primer lugar a mis padres, a los que les debo muchísimo. Éramos sólo dos hijos, mi hermana María Teresa y yo, muy unidos. También vivía con nosotros mi abuela materna<sup>4</sup>, viuda, cuyo hijo, militar de caballería, se negó a participar en el ejército republicano al estallar la guerra civil, siendo encarcelado en un barco y después fusilado. Aquello supuso una gran commoción para mi abuela e hizo que pasara a vivir con mis padres. Formaban parte de la familia mis tíos, especialmente dos hermanas solteras de mi padre, cuya casa estaba situada en otro barrio, a la que íbamos con frecuencia mi hermana y yo. Como mi madre era valenciana, mis recuerdos de infancia están también ligados a Valencia, ciudad a la que íbamos todos los veranos, y también al campo, concretamente, a una finca, «San Eduardo», situada en Fontanars dels Alforins, una zona de habla valenciana limítrofe con La Mancha.

**P. ¿Qué destacaría de la educación que le dieron sus padres?**

**R.** Destacaría que ese ambiente me dio una profunda educación cristiana. Recuerdo de mi padre su gran temple humano y sobrenatural, y de mi madre, su viveza y su alegría. Éramos una familia pequeña, reducida, muy cristiana. La educación no nos llegaba mediante grandes discursos, sino a través de un ambiente cristiano que te iba formando. Toda la familia junta íbamos a misa los domingos a la parroquia. Se ponía el belén en Navidades y en mayo un altarcito con flores a la Virgen. Se bendecía la mesa. No recuerdo que rezásemos el rosario en familia. En mi padre el sentido cristiano estaba unido al sentido social. Era miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Estuvo muy relacionado con los sindicatos católicos agrarios, y después con la CEDA. Recuerdo que en el bufete, situado en la planta baja de la casa, aparecían de cuando en cuando hombres del campo, con su sombrero de ala ancha.

<sup>2</sup> José Luis Illanes del Río (Olivares, 1889 / Sevilla, 1966) fue teniente alcalde de Sevilla entre 1922 y 1927. CEDA: la Confederación Española de Derechas Autónomas fue el partido más votado y con más diputados en las elecciones generales españolas de noviembre de 1933.

<sup>3</sup> José Maestre Laborde-Boix (Valencia, 1876-1936) fue alcalde de la ciudad en 1907-1909 y 1930-1931, siendo destituido al llegar la República.

<sup>4</sup> Teresa Hernández de la Figuera y Socarrás de Cerbellón, hija de los condes de Villamar.

Estaban muy agradecidos a mi padre, que les atendía con dedicación y no les cobraba o les cobraba poco. De cuando en cuando traían unos pollos o un pavo, con gran alegría de mi hermana y mí. Aves que finalmente acabábamos comiendo –como corresponde– en la comida de Navidad, en la de fin de año o en alguna otra festividad.

**P.** *¿Qué recuerdos guarda de su primera educación, en el colegio de Villasís?*

**R.** Mi primera educación en un colegio no fue allí, sino en un colegio que las llamadas monjas irlandesas tenían entonces en Sevilla<sup>5</sup>, al que fue mi hermana y también yo, los primeros años: de hecho, allí hice mi primera comunión. Recuerdo el patio, propio de una casa sevillana clásica, donde fue la ceremonia de la primera comunión. Había un tono muy irlandés, con estudio del inglés. Pero no recuerdo casi nada más.

Del colegio de Villasís tengo recuerdos mucho más potentes: allí realicé todos mis estudios de segunda enseñanza, como se llamaba entonces. El nombre oficial era el de Colegio de la Inmaculada, llevado por los padres jesuitas<sup>6</sup>. Era un edificio situado en el centro de Sevilla, a poquísimos metros de la Campana y de la calle Cuna. Era un caserón grande con prestancia, pero sin valor artístico especial, con dos patios y una especie de descampado al final. Le tengo un gran agradecimiento al colegio. El régimen de educación es el que corresponde a los años 40 y, por tanto, diría que más bien severo. Pero no tengo conciencia de una disciplina rígida y seca. Se celebraba Misa en una gran capilla. Teníamos un buen profesorado, en parte compuesto por padres jesuitas: el padre espiritual, el director y otros más jóvenes que en la Compañía se llamaban entonces maestrillos. Eran religiosos recién ordenados, que hacían sus primeras experiencias en el colegio. Y luego seglares, profesores de materias más técnicas, como matemáticas, física, etc. La educación era buena. El tiempo de recreo era en el descampado, corriendo, saltando, jugando al fútbol. También veíamos películas. Recuerdo las de Fumanchú y las comedias del Gordo y el Flaco y otras de ese estilo. Lo pasé muy bien. Mis recuerdos, como he dicho, son muy positivos.

**P.** *En el colegio usted sacó muy buenas notas; en el examen de Estado previo a la entrada en Derecho obtuvo premio extraordinario, y también tras cursar Derecho, entre 1951 y 1956. Pero no le quería preguntar sobre los resultados, sino sobre qué le inclinó al Derecho y qué memoria conserva del claustro de profesores de su facultad.*

**R.** La razón por la que estudié Derecho es uno de esos puntos en que se mezcla la afición con los avatares imprevisibles de la vida. Tras acabar brillantemente el bachillerato, mi madre –que tenía grandes ilusiones en mí– quería que estudiase Ingeniero de Caminos, una de las carreras más prestigiosas entonces. Pero las matemáticas no se encontraban entre mis aficiones. Me atraía más lo social y lo filosó-

<sup>5</sup> En 1907, las monjas del Instituto de la Bienaventurada Virgen María fundaron el colegio llamado popularmente de Irlandesas, en Sevilla, que estuvo hasta 1968 en la calle Jesús del Gran Poder.

<sup>6</sup> El Colegio del Inmaculado Corazón de María echó a andar en octubre de 1905, en el antiguo palacio de los marqueses de Villasís.

fico-especulativo, así como la figura de mi padre, tanto en los recuerdos de su vida política, como en el ejercicio de la abogacía. Al final, el factor determinante fue algo tan accidental como que mi abuela se rompiera la cadera. La operación no salió bien y a partir de entonces pudo moverse sólo en una silla de ruedas. En esas condiciones desapareció del horizonte la idea de que dejara Sevilla y me fuera a Madrid a estudiar Caminos... con gran alegría por mi parte, sobre todo a posteriori, porque pienso que como ingeniero hubiera sido menos feliz de lo que he sido. Y así empecé Derecho.

Estudié en la Universidad de Sevilla, cuyo ambiente me impactó en seguida. La facultad de derecho estaba entonces situada en lo que había sido antes noviciado de los jesuitas, con un patio muy señorial, en torno al que se situaban las aulas y la biblioteca. Contaba con un profesorado muy bueno. En el primer año la figura más llamativa era Pelsmaeker<sup>7</sup>, hombre formado en la escuela antigua, que iba siempre a clase acompañado por 4 ó 5 ayudantes o alumnos de doctorado, que le seguían unos metros atrás. Había que esperarle fuera de clase y pasábamos después de entrar él. Explicaba derecho romano magníficamente. Tenía una gran mentalidad jurídica. Otros profesores que recuerdo muy bien eran Manuel Giménez-Fernández, profesor de canónico y gran amigo de mi padre<sup>8</sup>. Venía todos los años por casa, en Navidad y en san José, el santo de mi padre. Era un hombre de fuerte personalidad, que había sido ministro en la República y antifranquista total. Muy buen profesor y perito en su materia. No hablaba de política en clase, porque en aquella época podría haber acabado mal... Pero tenía un truco para poder meterse con Franco: arremetía de cuando en cuando contra Fernando el Católico. Y todos sabíamos que cuando decía Fernando el Católico quería decir Francisco Franco.

**P.** *¿Qué otros profesores recuerda?*

**R.** Lojendio, en derecho político<sup>9</sup>; Gutiérrez-Alviz en Procesal<sup>10</sup>; Cossío, en Civil<sup>11</sup>. Una figura singular era Ramón Carande<sup>12</sup>: daba economía y hacienda públ

<sup>7</sup> Francisco de Pelsmaeker e Iváñez (Granada, 1901 / Sevilla, 1971), hijo del cónsul belga en Granada. Ganó la cátedra de derecho romano en la Universidad de La Laguna, trasladándose en 1931 a la de Sevilla.

<sup>8</sup> Manuel Giménez-Fernández (Sevilla, 1896-1968), catedrático de derecho canónico de la Universidad de Sevilla en 1930, miembro de la CEDA y ministro de Agricultura entre octubre de 1934 y abril de 1935.

<sup>9</sup> Ignacio María de Lojendio e Irure (San Sebastián, 1914 / Sevilla, 2002), catedrático de derecho político en la Universidad de Sevilla desde 1942.

<sup>10</sup> Faustino Gutiérrez-Alviz Armario (Sevilla, 1915-2006) fue discípulo del romanista Pelsmaeker y ganó en 1943 la cátedra en derecho romano en la Universidad de La Laguna, pasando a ocupar en la Universidad de Sevilla la de Procesal, en 1946.

<sup>11</sup> Alfonso de Cossío y Corral (Valladolid, 1911 / Madrid, 1978) ganó en 1936 la cátedra de derecho civil en la Universidad de La Laguna. En 1941 ocupó esa cátedra en la Universidad de Sevilla y en 1976 pasó a la Complutense.

<sup>12</sup> Ramón Carande Thovar (Palencia, 1887 / Badajoz, 1986), catedrático desde 1916 de economía política y elementos de hacienda pública en la Universidad de Murcia, se trasladó en 1918 a la de economía política y hacienda pública de la Universidad de Sevilla.

ca. Vivía de lo que había trabajado otros años. Venía a clase con un cuadernito algo ajado, que seguía fielmente, pero su docencia no era añeja: sabía explicar a los juristas qué era la economía. En derecho natural, Francisco Elías de Tejada<sup>13</sup>, personalidad también muy peculiar; tradicionalista hasta el extremo, y de un enorme culturón. Algunas veces organizaba unos seminarios en su casa, donde tenía una biblioteca magnífica que no sé adónde habrá ido a parar<sup>14</sup>. El nombre de Elías de Tejada está unido para mí al de otro gran profesor, Mariano Aguilar Navarro<sup>15</sup>, titular de derecho internacional, democratacristiano de formación. Estuvo –no recuerdo el título exacto– en los tribunales de justicia o letrado de La Haya o de Estrasburgo. Le traté mucho y tuve una gran amistad con él. Tuvo como su mejor discípulo a Juan Antonio Carrillo Salcedo, gran amigo mío, que siguió sus huellas e hizo una gran carrera<sup>16</sup>.

Las disputas entre Elías de Tejada y Aguilar Navarro constituyan un espectáculo que animaba la vida tranquila de la universidad. Eran muy distintos. Elías de Tejada, muy temperamental, capaz de hablar a grandes gritos. Mariano Aguilar era bajito y más bien tímido. Discutían sobre política –sobre filosofía política, mejor dicho– por los pasillos; en ocasiones Elías de Tejada hablaba a gritos asomado a uno de los balcones del primer piso y el otro contestaba desde el patio.

**P.** *¿Qué proyectos profesionales tenía durante la carrera, o al finalizarla?*

**R.** Antes de eso, querría hablar de tres factores fundamentales que influyeron en mi formación intelectual. Por un lado mi padre. Hablaba muy poco de su vida política y en ningún momento intentó condicionarme, pero su conciencia acerca de la íntima relación que debe reinar entre el cristianismo y la vida, su vivencia de un cristianismo llamado a tener una proyección social y sus hondas convicciones democráticas me influyeron poderosamente. Aquí tuvo también parte, aunque más limitada, Giménez-Fernández, que venía con cierta frecuencia a mi casa para estar con mi padre; yo les escuchaba hablar y contar cosas. Mi padre era de temperamento y de juicio moderados, calmo, sereno, muy tranquilo. Giménez-Fernández era muy temperamental. Pero se tenían un gran cariño y se entendían muy bien. En segundo lugar, la universidad, con ese plantel de profesores que ya he mencionado. Y en tercer lugar la resi-

<sup>13</sup> Francisco Elías de Tejada Spínola (Madrid, 1917-1978), catedrático de filosofía del derecho en la Universidad de Murcia (1941), de la que pasó a Salamanca (1942), Sevilla (1951) y Complutense (1977).

<sup>14</sup> «Su biblioteca tenía un total de 50.000 volúmenes, que una vez fallecido fueron donados por su viuda [Gabriela Pércoro] a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la cual Téjada era miembro» (<http://www.fundacionburke.org/lo-conservador/perfiles/francisco-elias-de-tejada/>, 15-XI-2012).

<sup>15</sup> Mariano Aguilar Navarro (Madrid, 1916-1992) ganó la cátedra de derecho internacional en la Universidad de Sevilla en 1948, obteniendo por concurso en 1960 la de derecho internacional privado de Madrid. En 1977 fue elegido senador por las listas del PSOE.

<sup>16</sup> Juan Antonio Carrillo Salcedo (Morón de la Frontera, 1934) fue catedrático de derecho internacional público en las universidades de Granada (1963-1974), Autónoma de Madrid (1974-1980) y, desde entonces hasta su jubilación en 2005, catedrático de derecho internacional público y relaciones internacionales de la Universidad de Sevilla.

dencia de Guadaira, que fue el lugar de mi encuentro con el Opus Dei y donde conocí a dos personas que fueron muy importantes para mí, también desde el punto de vista intelectual: Vicente Rodríguez Casado<sup>17</sup> y Jesús Arellano<sup>18</sup>, sobre todo el segundo. Parte de mi acercamiento a la Obra se debe a lo que vi en la figura de Jesús Arellano, a las conversaciones intelectuales que se organizaban en Guadaira: era un pequeño seminario informal o algo de ese estilo al que íbamos seis o siete personas, para hablar de temas varios. Al frente estaba Jesús Arellano. Recuerdo muy bien sus palabras, sus intervenciones, su modo de hablar, ese sentido positivo ante la historia que le caracterizó siempre, y que se plasmó, entre otros lugares, en una conferencia que dio –me parece que en el Ateneo– sobre «Burgueses y proletarios ante la revolución», u otro título de ese estilo<sup>19</sup>. Ahí desarrolló una idea de la historia como fruto del entrecruzarse de materia y espíritu, de biología y de libertad, que sigo compartiendo.

Todo ese conjunto conformó mis proyectos. El estudio del Derecho me marcó profundamente y me ha influido muchísimo. Tengo, me parece, una mentalidad claramente jurídica. Ahora bien, el derecho privado nunca me gustó. Y el derecho administrativo menos todavía. Siempre me atrajeron el derecho político y la filosofía del derecho. Mi proyecto profesional iba por esa línea en los últimos años de carrera. Algunos me aconsejaron hacer oposiciones a letrado del Consejo de Estado o a Abogado del Estado, que eran salidas dotadas de gran prestigio. Hice algún caso, pues llegué a ver el programa para una de estas oposiciones o las dos, no me acuerdo cuál. Y apenas lo vi, y advertir el predominio del derecho administrativo, me dije: «Esto no es lo mío, no me interesa nada». Y me orienté al derecho político. Hablé con Lojendio, el catedrático de político, porque Elías de Tejada (por sus ideas y su carácter) no me parecía persona apta para situarme en su órbita y sacar una cátedra. Lojendio era menos brillante, pero también muy culto, y de trato muy agradable. Te entendías con él fácilmente. Hablamos genéricamente de la posibilidad de una tesis doctoral, de hacer cátedra. Pero el proyecto quedó ahí –más que proyecto, idea: pues

<sup>17</sup> Vicente Rodríguez Casado (Ceuta, 1918 / Madrid, 1990), desde 1942 catedrático de historia universal moderna y contemporánea en la Universidad de Sevilla y desde 1947 catedrático en la Universidad de Madrid. A partir de 1943 comenzó a organizar unos cursos de verano para profesores y universitarios en La Rábida. La iniciativa tomó cuerpo y fue erigida en 1946 como Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida, de la que Casado fue nombrado rector (cfr. los recuerdos de Illanes sobre Rodríguez Casado en la bibliografía citada en la nota 1).

<sup>18</sup> Desde 1946, Jesús Arellano (Corella, 1921 / Sevilla, 2009) fue catedrático de fundamentos de filosofía e historia de los sistemas filosóficos de la Universidad de Sevilla y, entre 1948 y 1956, director de Guadaira, la primera residencia de estudiantes del Opus Dei en la capital andaluza, entonces en la céntrica calle de Canalejas, nº 8. Ver José Luis ILLANES, *Mi relación con Jesús Arellano: evocación y testimonio*, en J. M. PRIETO, F. FERNÁNDEZ, J. ARANA (coords.), *Semilla de Verdad. Vida y obra de Jesús Arellano*, Sevilla, 2012, pp. 79-84.

<sup>19</sup> Se refiere a una conferencia que Arellano pronunció en septiembre de 1955, en la Universidad de la Rábida, editada con el título «La acción de los cristianos y el futuro del proletariado», Ateneo de Madrid, 1957, 78 pp. Dos largos epígrafes se titulan, respectivamente, «Burgueses» y «Proletarios».

no llegó siquiera a ser proyecto— porque la vida fue evolucionando en otro sentido. Terminé los estudios de la licenciatura en Derecho en junio de 1956, y ese verano todo cambió.

**P.** *En ese verano surge la posibilidad de ir a Roma. ¿Cómo apareció esa idea y por qué decide ir a Roma?*

**R.** En realidad, la posibilidad de ir si no a Roma, sí a Italia, la había barajado antes, pues en las conversaciones con mi padre sobre mi futuro profesional hablamos de obtener una beca para realizar estudios en el Colegio Español de Bolonia. La idea de ir a Roma en 1956, de que hablas, surge en otro contexto: el de mi incorporación al Opus Dei. No fue tanto una decisión mía, cuanto que acepté un ofrecimiento que me hicieron.

Había oído hablar del Opus Dei mientras estaba en el colegio, alguna referencia suelta, cuyo contenido no recuerdo. Cuando estaba en primero o segundo de Derecho fui una vez por Canalejas —la calle en la que estaba entonces la residencia Guadaira— pero esas visitas no me dejaron particular huella y dejé de ir. Luego, al final del tercer año de Derecho o comienzos del cuarto fui otra vez, y mi actitud cambió. Fue entonces cuando encontré a Jesús Arellano y empecé a participar en las reuniones a las que antes me refería. El ambiente general de la residencia me atrajo. La presencia de Vicente Rodríguez Casado fue también decisiva. El tono de cordialidad que difundía en todo momento, y especialmente en algunas excursiones que hacíamos en un gran coche de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos<sup>20</sup>, te impresionaba. Don Vicente era muy divertido: en esas excursiones se sentaba atrás —el coche tenía tres filas de asientos— e iba gastando bromas, incluyendo algún que otro coscorrón amistoso, etc. En la residencia había un ambiente jovial y a la vez de gran altura intelectual. Fui así conociendo el espíritu del Opus Dei... y entré en sintonía con todo aquello. No tanto con las ideas de Arellano o de Rodríguez Casado —aunque ambos me influyeron intelectualmente— sino que entendí que en Guadaira había algo más hondo: una profundización en el espíritu cristiano que entroncaba con todo lo que yo había recibido en mi familia, reforzándolo, ampliándolo y dándole a la vez un sentido de misión.

En ese contexto, uno de mis amigos de la universidad, Ernesto Juliá<sup>21</sup>, que iba también por Guadaira y que fue más rápido que yo en el acercamiento al Opus Dei, me preguntó un día si conocía *Camino*. Yo sabía que existía ese libro, pero no le había prestado atención. Ernesto me animó a hacer a diario un rato de oración con él. Le hice caso y... en mayo de 1955 pedí la admisión en el Opus Dei<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Que Rodríguez Casado había contribuido a crear y donde residía en Sevilla por esas fechas.

<sup>21</sup> Ernesto Juliá Díaz (Ferrol, 1934) era del mismo curso de Derecho que José Luis Illanes. Miembro también del Opus Dei, fue ordenado sacerdote en 1962, residiendo hasta 1992 en la sede central del Opus Dei en Roma. Es autor de algunos libros, fundamentalmente de ascética y espiritualidad cristiana.

<sup>22</sup> Un relato más extenso sobre el particular puede verse en José Luis ILLANES, *En el Guadaira de los años 50*, en *De Canalejas a la Palmera*, Sevilla, 2002, pp. 66-68.

En el verano del 56 me plantearon pasar tres meses en La Estila<sup>23</sup>, estudiando filosofía y teología. Allí encuentro a Leonardo Polo<sup>24</sup>, que explicaba historia de la filosofía, y cuyas lecciones fueron otro punto importante en mi formación. Eran unas clases muy brillantes y muy sugerentes. Un día, el director del curso, don Francisco Ponz<sup>25</sup>, me planteó la posibilidad de ir a Roma. Hasta ese momento yo seguía con mi proyecto de optar a una cátedra de derecho político. De hecho, ese verano había hablado con Ángel López-Amo<sup>26</sup> –que estaba también en La Estila–, quien me dio algunas ideas y consejos. Estaba yo dándole vueltas a un posible tema de tesis, aunque no había concretado nada. Cuando me ofrecieron la posibilidad de ir a Roma, acepté. Eso cambiaba el rumbo de mi vida porque la idea de una cátedra universitaria en España quedaba, por lo menos, aplazada, pero la perspectiva de conocer al fundador del Opus Dei, y de convivir con él, así como la de estar en una ciudad que era –y es– el centro de la Iglesia católica, hacía que otros proyectos bajaran de nivel.

Escribí una larga carta a mi familia explicando todo el asunto, es decir, diciéndoles que había pedido la admisión en el Opus Dei y que me habían planteado la posibilidad de ir a Roma. Antes no les había dicho que me había incorporado a la Obra, aunque mis padres sabían perfectamente que yo iba muchísimo por la residencia, a la que ellos también habían ido, porque les invitó a una fiesta con ocasión de la Navidad. Creo que mi padre no entendía entonces lo que era el Opus Dei, aunque, como buen cristiano, lo apreciaba y no sólo respetó sino que acogió plenamente mi decisión. Le costó muchísimo, no tanto que yo fuese del Opus Dei como que dejara Sevilla y me fuera a Roma, cambiando el horizonte de mi vida profesional. Tanto mi padre como Giménez-Fernández tenían una enorme ilusión en que yo siguiera trabajando en una línea político-cultural, cristiana y democrática, en la que ellos se habían movido, de forma que cuando llegaran mejores tiempos y pudiera haber en España la libertad política con la que soñaban yo continuase de algún modo su camino.

<sup>23</sup> La Estila es una residencia universitaria del Opus Dei que comenzó en 1948, en Santiago de Compostela.

<sup>24</sup> Leonardo Polo (Madrid, 1926 /Pamplona, 2013), licenciado en Derecho y profesor de derecho natural en el Estudio General de Navarra desde 1954 a 1956, año en que pasó a impartir clases de filosofía. Licenciado en Filosofía en 1959, ganó la cátedra de fundamentos de filosofía en la Universidad de Granada en 1966, regresando en 1968 a la Universidad de Navarra, en la que se jubiló en 1996.

<sup>25</sup> Francisco Ponz Piedrafita (Huesca, 1919), era desde 1944 catedrático de fisiología de la Universidad de Barcelona. Se incorporaría a la Universidad de Navarra en 1966, de la que fue rector desde 1966 a 1979.

<sup>26</sup> Ángel López-Amo Marín nació en Alicante en 1917 y murió en un accidente de tráfico en Estados Unidos, el 17 de diciembre de 1956, unos meses después de la conversación que refiere José Luis Illanes. Fue catedrático de historia del derecho español en las universidades de Valencia (1945-1947), Oviedo (1947-1950), Santiago (1950-1955) y, finalmente, del Estudio General de Navarra durante los cursos 55/56 y 56/57. Desde 1952 era preceptor de Juan Carlos de Borbón.

Todo eso explica que –a mi padre y a toda mi familia– les costara mi marcha a Roma, pero, repito, nunca pusieron obstáculos, sino todo lo contrario. Cuando llegó el momento de partir, mi padre decidió que el primer tramo del viaje –que era larguísimo, en tren– tenía que ser en coche-cama, porque si no iba a llegar hecho polvo. Fue mi primer viaje en coche-cama; lo pasé, en parte, leyendo una novela de John Steinbeck, *De ratones y hombres*, no especialmente alegre, pero que me distrajo. Viajé a Roma yo sólo, porque los otros jóvenes del Opus Dei que fueron a Roma ese año habían salido antes. Cuando planteé la posibilidad de irme a Roma en septiembre u octubre con los demás, mi padre me dijo: «Has hecho muy buena carrera, no te vayas todavía, porque puedes optar al premio extraordinario». Me pareció muy razonable y me quedé a realizar primero el examen de licenciatura y optar después al premio extraordinario. Una vez terminadas esas pruebas, en noviembre de 1956 marché a Roma.

## II. ROMA, 1956-1972. LA MADUREZ

**P.** ¿Qué representaron Roma e Italia para un joven español que salía por vez primera de su país?

R. Yo era entonces un universitario que había estudiado en Sevilla, veraneado en Valencia, hecho –junto con mi padre y mi hermana– un viaje a Madrid, Zaragoza y Barcelona, que conocía bien el ambiente de la España de los años 50 y que había participado en movimientos estudiantiles, pero aquella fue efectivamente mi primera salida de España. Me impresionó muchísimo Roma, una ciudad preciosa: el Vaticano, el Coliseo, los foros y tantas cosas más. E Italia en general. Llegué a ese país siendo alguien a quien le atraía la filosofía política, y la política en cuanto tal, en un año en que había elecciones al parlamento o algo parecido. Me impresionó el ambiente, mucho más culto y variado que el de la España políticamente reducida de aquel tiempo. Aproveché para ir a muy diversos mítines políticos, de todas las líneas: desde el partido socialista hasta el movimiento social italiano, el resto de los antiguos fascistas, y particularmente de los demócrata-cristianos. Escuché a Fanfani<sup>27</sup>, a Moro<sup>28</sup>, y a otras de las figuras más representativas de un pensamiento católico, que

<sup>27</sup> Amintore Fanfani (Pieve Santo Stefano, 1908 / Roma, 1999) fue una figura central en la democracia cristiana italiana durante treinta años, entre su elección en 1954 como secretario de esa formación y su designación en 1987 como primer ministro, por sexta vez. Como escritor, su obra más importante (1934) fue *Cattolicesimo e protestantesimo nella formazione storica del capitalismo*, traducida al castellano en 1953.

<sup>28</sup> Aldo Moro (Maglie, 1916 / Roma, 1978), profesor universitario de derecho natural en la Universidad de Bari, fue presidente en esa ciudad de la *Federazione Universitaria Cattolica Italiana* (FUCI) y después, en 1942, su presidente nacional. Su militancia democristiana comenzó en 1946, como vicepresidente de esa formación. En los años sesenta consiguió el apoyo parlamentario del partido socialista. Su estrategia del *Compromesso storico* con un partido comunista que había roto con Moscú fracasó cuando las Brigadas Rojas le secuestraron, y asesinaron en mayo de 1978.

sintonizaba con lo que había escuchado a mi padre y con algunas de mis lecturas en los años anteriores.

P. *Al hilo de esto, podría describir algo más sus lecturas.*

R. En el bachillerato había estudiado francés e inglés. Después seguí estudiando francés con clases particulares con una profesora y fui a la escuela francesa a estudiar, así que leía muy bien francés y lo hablaba. El italiano y el alemán los estudié después. Me interesó mucho el mundo de pensadores cristianos franceses: concretamente Maritain<sup>29</sup>, Berdiaev<sup>30</sup>, Gilson<sup>31</sup>, Guitton<sup>32</sup>, Thibon<sup>33</sup>, Mauriac<sup>34</sup>, Bernanos<sup>35</sup>... De entre los italianos había leído algo de Fanfani, pero no a Luigi Sturzo<sup>36</sup>; y

<sup>29</sup> Jacques Maritain (París, 1882 / Toulouse, 1973), filósofo francés convertido al catolicismo en 1906. Impulsor de un tomismo renovado, e influido por el personalismo de Bergson, su filosofía política valora la democracia y defiende la prevalencia de la persona sobre el Estado. Su libro *Humanisme intégral. Problèmes temporels et spirituels d'une nouvelle chrétienté* (1936) rechaza tanto el liberal-capitalismo como las sociedades totalitarias, por su reduccionismo antropológico; y sostiene tanto la autonomía de la esfera secular como su vinculación con el cristianismo.

<sup>30</sup> Nikolái Aleksandróvich Berdiaev (Kiev, 1874 / París, 1948), filósofo ruso expulsado de la Unión Soviética en 1922 por defender una libertad individual y una ética cristiana opuestas al totalitarismo comunista. Después de tres años en Berlín se afincó en París. Influido por el misticismo ortodoxo y el idealismo alemán, Berdiaev enfatizará los conceptos de creación y de libertad frente a la sociedad colectivista marxista y al individualismo liberal, que niegan la espiritualidad del hombre y su integración en una verdadera comunidad abierta a la trascendencia. Sus obras fueron traducidas en España a partir de los años 30: *Una nueva Edad Media: reflexiones acerca de los destinos de Rusia y de Europa* (Barcelona, 1933), *El credo de Dostoievski* (Barcelona, 1935), *El sentido de la historia: ensayo filosófico sobre los destinos de la Humanidad* (Barcelona, 1936, 1943), *El cristianismo y el problema del comunismo* (Madrid, 1935, 1953), *La destinación del hombre* (Barcelona, 1947), *Reino del espíritu y reino del César* (Madrid, 1953).

<sup>31</sup> Étienne Gilson (París, 1884 / Auxerre, 1978), filósofo e historiador de la filosofía medieval que revitalizó el neotomismo en el siglo XX. Su producción era ya ingente hacia mitad del siglo: entre 1915 y 1952 publicó 28 libros, a algunos de los cuales se asomó el joven Illanes, a partir del cambio de la década de los años 40 a los 50.

<sup>32</sup> Jean Guitton (Saint-Étienne, 1901 / París, 1999), filósofo y prolífico escritor francés, apologista católico, miembro de la *Académie française* (1961) y de la *Académie des sciences morales et politiques* (1987), fue el único laico que habló en el concilio Vaticano II, el 3 de diciembre de 1963. Illanes redactó la Presentación del libro *Historia y destino* de Guitton (Madrid, 1977, pp. 9-21).

<sup>33</sup> El filósofo francés autodidacta Gustave Thibon (1903-2001) nació y murió en Saint-Marcel-d'Ardèche, región francesa del Ródano-Los Alpes. La editorial Rialp, en la colección Patmos, le tradujo en España a partir del final de los años 40: *Le pain de chaque jour* (Monaco, 1945) = *El pan de cada día* (1949) y *Ce que Dieu a uni (Essai sur l'amour)* (Lyon, 1950) = *Sobre el amor humano* (1953). Con todo, el acceso a Thibon en el idioma original no debió ser un problema para Illanes.

<sup>34</sup> François Mauriac (Burdeos, 1885 / París, 1970), prolífico escritor católico francés, miembro de la *Académie française* en 1933 y premio Nobel de literatura en 1952.

<sup>35</sup> Georges Bernanos (París, 1888 / Neuilly-sur-Seine, 1948), novelista francés de acusada sensibilidad religiosa, puesta de relieve en sus principales obras: las novelas *Sous le soleil de Satan* (1926) y *Le Journal d'un curé de campagne* (1936), y en su obra teatral póstuma *Dialogues des Carmélites* (1949).

<sup>36</sup> Luigi Sturzo (Caltagirone, 1871 / Roma, 1959), sacerdote, fundador del *Partito Popolare Italiano* en 1919 –del que fue primer secretario general hasta 1923– y uno de los artífices del primer movimiento de la democracia cristiana. Amenazado por el fascismo italiano, se exilió en Londres desde 1924 y en Nueva York desde 1940, regresando a Italia en 1946. En España había sido traducido su *Italia y el fascismo*.

de los alemanes especialmente a Romano Guardini<sup>37</sup>, Karl Adam<sup>38</sup> y Josef Pieper<sup>39</sup>. También leí literatura castellana: *El Quijote* y los grandes clásicos, Calderón, Lope de Vega, etc. Autores modernos también, los del 98, Azorín, Pedro Antonio de Alarcón, Clarín (*La regenta*). Algo leí de Menéndez Pelayo, pero poco, no me motivó especialmente. También a Maeztu y *La rebelión de las masas*, de Ortega. El ambiente tradicionalista español nunca me atrajo demasiado. Leí el libro de Donoso Cortés sobre *Cristianismo y protestantismo*, pero me pareció más interesante el de Aranguren<sup>40</sup>, aunque algunas de sus ideas no las comparto ni las compartía entonces. Seguí la polémica acerca de España con problemas o como problema, pero sin sentirme conmovido por ninguna de las dos tesis<sup>41</sup>.

**P.** En Roma, usted convivió con el fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá, entre 1956 y 1972, en Villa Tevere, que –además de ser la sede central del Opus Dei– acogía al Colegio Romano de la Santa Cruz, un centro de formación y estudio de filosofía y teología<sup>42</sup>. ¿Qué rasgo de su personalidad más le llamó la atención, o qué cuestiones sobre él querría destacar?

**R.** Está claro que entre las razones que me llevaron a ir a Roma ocupa un lugar de primer plano el deseo de conocer al fundador del Opus Dei, quien me impactó

mo (Madrid, 1930) y el libro *Italia y el nuevo orden mundial* (Barcelona, 1945), pero no su más ambiciosa obra, publicada originalmente en francés, *L'Eglise et l'Etat*, Paris, 1937.

<sup>37</sup> Romano Guardini (Verona, 1885 / Munich, 1968) fue uno de los grandes teólogos del siglo XX. Sus principales obras fueron traducidas en España: *Vom Geist der Liturgie* (1918) = *El espíritu de la liturgia* (Barcelona, 1933, 1946); *Der Herr. Betrachtungen über die Person und das Leben Jesu Christi* (1937) = *El Señor*, 2 vols. (Madrid, 1958); *Das Wesen des Christentums* (1938) = *La esencia del cristianismo* (Madrid, 1945). También se tradujeron antes de 1956: *El mesianismo en el mito, la revelación y la política* (Madrid, 1948), *Via Crucis* (Madrid, 1954), *Sobre la vida de la fe* (Madrid, 1955) y *El testamento del Señor* (Barcelona, 1955).

<sup>38</sup> Karl Adam (Freudenberg, 1876 / Túbinga, 1966), teólogo católico alemán que contribuye, entre otros, a renovar el interés por los Padres de la Iglesia en la primera mitad del siglo XX. Sus estudios eclesiológicos y cristocéntricos han dejado también una honda influencia teológica, y fueron traducidos en España: *Das Wesen des Katholizismus* (1924) = *La esencia del catolicismo* (Barcelona, 1955); *Jesus Christus* (1933) = *Jesús-Christus* (Barcelona, 1945).

<sup>39</sup> Josef Pieper (Elte, 1904 / Münster, 1997) estudió Filosofía, Derecho y Sociología en las universidades de Berlín y Münster. Uno de los máximos exponentes de la revitalización del tomismo en el siglo XX, la editorial Rialp le dio a conocer en España a partir de los años 50: *Über die Hoffnung* (Leipzig, 1935) = *Sobre la esperanza* (Madrid, 1951, 1953); *Musé und Kult* (Múnich, 1948) = *De la vida serena* (Madrid, 1953); *Christenfibel* (Múnich, 1951) = *Catecismo del cristiano* (Madrid, 1954); *Über das Ende der Zeit. Eine geschichtsphilosophische Meditation* (Múnich, 1950) = *Sobre el fin de los tiempos* (Madrid, 1955).

<sup>40</sup> José Luis López Aranguren (Ávila, 1909 / Madrid, 1996), *Católicismo y protestantismo como formas de existencia*, Madrid, 1952.

<sup>41</sup> Se refiere al debate en torno a las teorías opuestas de Pedro Laín Entralgo en su libro *España como problema* y Rafael Calvo Serer en su *España sin problema*, aparecidos en abril y octubre de 1949, respectivamente. Para esa polémica, cfr. Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ, *Rafael Calvo Serer y el Grupo Arbor*, Valencia, 2008, pp. 238-247.

<sup>42</sup> Sobre los orígenes de este centro y su carácter de embrión de la futura Università Pontificia della Santa Croce, ver Rolf THOMAS, *A Roma e da Roma – Il Collegio Romano della Santa Croce, en Pontificia Università della Santa Croce. Dono e compito: 25 anni di attività / Pontifical University of the Holy Cross. A Gift and a Calling: 25 Years of Activities*, Milano, 2010, pp. 80-87.

desde el primer momento<sup>43</sup>. Le conocí al día siguiente de llegar, al comienzo de una sesión de cine que tuvo lugar en el salón de actos de Villa Tevere. Me acerqué a saludarle y vi la película junto a él, sentado a su lado. Era una película cómica de Alex Guiness, que pude seguir bastante bien aun sin haber estudiado italiano; el propio san Josemaría me clarificó alguna duda. En mi primer año en Roma le vi muchísimas veces. Le escuché predicar y estuve presente en los abundantes encuentros o tertulias que tenía con los alumnos del Colegio Romano, en los que yo participaba como uno más; durante ese año, y el siguiente, mi trato personal con él fue más bien escaso.

¿Qué rasgo suyo podría evocar? Le recuerdo con una enorme simpatía humana, tenía la capacidad de que todos se encontraran *a suo aggio*, como se diría en italiano: en familia, contentos, acogidos. Gastaba bromas a todos: a quienes se sentaban en el suelo cerca de él (porque no había asientos suficientes) a veces les despeinaba con un gesto de cariño. Otro rasgo decisivo era la fe y la conciencia de presencia de Dios que transmitía espontáneamente, la naturalidad con que pasaba de un tema humano a otro sobrenatural y todo su modo de actuar. A veces comentaba algún suceso, o contaba un chiste; otras nos invitaba a comentar cosas de nuestro trabajo o de las visitas a Roma. Le gustaba mucho cantar y que se cantara. Se tenía conciencia de estar junto a un Padre<sup>44</sup>, que sabía hablar en serio, pero al que le gustaban también las bromas. Yo tengo muy mal oído, pero en una tertulia en la que no estaba san Josemaría me pidieron que cantara algo andaluz. Nunca he tenido problemas para hablar o para divertirme, con lo que me lancé con un fandango, con el resultado que era de esperar: todos acabamos riéndonos. Se lo contaron a san Josemaría y en una tertulia sucesiva me preguntó si de verdad cantaba tan mal. Para demostrarlo canté de nuevo el mismo fandango. También él se rió y al terminar, con una sonrisa en los labios y en tono de broma, añadió: «Has hecho bien en cantar... pero ya no cantes más». Y de hecho no canté nunca más [*se rié*].

Estando junto a él iba recibiendo el espíritu del Opus Dei, a veces al hilo de lo que decía; otras, porque te descubría, como en confidencia, una parte de su intimidad. En suma, te ibas metiendo, casi sin darte cuenta, en el núcleo del mensaje de la santificación de la vida ordinaria y de la realidad de la presencia de Dios en lo concreto. Y todo con gran naturalidad. Esos son los rasgos que percibí en el primer año, y que continué percibiendo en los sucesivos. A partir de mi tercer año pude

<sup>43</sup> Los tres volúmenes de la biografía sobre Josemaría Escrivá escritos por Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*. vol. I. *¡Señor, que vea!* (Madrid, 1997). vol. II. *Dios y audacia* (Madrid, 2002). vol. III. *Los caminos divinos de la tierra* (Madrid, 2003) son el trabajo más documentado sobre su figura. Con todo, la perspectiva más hagiográfica que histórica de estos volúmenes y la existencia de fuentes aún inéditas sobre la vida de Escrivá y la historia del Opus Dei permiten afirmar que está por escribir una biografía definitiva sobre él y –con mayor motivo– un estudio sobre la historia de la institución que fundó.

<sup>44</sup> En el Opus Dei se denomina así a quien está al frente de la institución; por tanto, no es un modo genérico de referirse a quien es sacerdote.

estar más cerca de él, porque empecé a trabajar en una de las oficinas dependientes del Consejo General<sup>45</sup>, ya en 1959, antes de mi ordenación en 1960, y en la que continué después.

P. *¿Cómo surgió la idea de su ordenación sacerdotal?*

R. Al ir al Colegio Romano la ordenación sacerdotal estaba en el horizonte, no como algo necesario pero sí posible. En algún momento, te podían plantear si te parecería bien hacerte sacerdote o, al contrario, uno podía tomar la iniciativa y decir que no tenía inconveniente en ser ordenado. Siempre con plena libertad y con conciencia de que esa declaración no implicaba ningún compromiso. En mi caso, no me acuerdo como fue [se ríe]. Pero sí hay algo que no he olvidado. Una vez que un alumno del Colegio Romano estaba dispuesto a hacerse sacerdote iba a hablar con el Padre. Así lo hice yo también: «Muy bien, de acuerdo» –me dijo– «dile al rector del Colegio Romano que has hablado conmigo». Y recibí la ordenación sacerdotal en Madrid, en agosto de 1960.

P. *Para entonces había realizado los estudios de teología. ¿Dónde obtuvo el doctorado y a quién podría destacar entre sus profesores?*

R. Al recibir la invitación a ir a Roma, pensé que lo más probable es que, siendo yo un jurista, me propusieran hacer el doctorado en derecho canónico, pero no fue así: me propusieron hacer la licenciatura y el doctorado en teología. Acepté enseñada y con especial agrado, porque coincidía con mi tendencia hacia las cuestiones especulativas, y porque el contacto que había empezado a tener con la teología apenas me incorporé a la Obra había hecho que ese saber me atrajese. Incluso podría decir que venía de antes: mis intereses filosófico-teológicos se habían despertado en el Colegio de Villasís por el modo en que el profesor de religión –uno de los jesuitas jóvenes– abordó la discusión de *auxiliis*, tema clásico que supo exponer subrayando la importancia de las relaciones entre gracia y libertad. Siempre me gustó mucho la historia de las ideas, ver cómo se formula una idea o un tema, y como se desarrolla. Así era en mi juventud y así sigue siendo hoy.

Todo el curso 1956-1957 estuve estudiando intensamente en el Colegio Romano de la Santa Cruz, a la vez que perfeccionaba el conocimiento del latín (teníamos dos clases diarias). En el 1957-58 hice en el Ateneo del Laterano<sup>46</sup>, que es otro lugar importante en mi carrera intelectual, un último año de teología, que culminó con el examen de licenciatura. En ese momento, en Roma sólo la Gregoriana tenía título de Universidad Pontificia, por un privilegio que le había concedido la Santa Sede. Los demás centros teológicos tenían el título de Ateneos. Era una cuestión en gran parte

<sup>45</sup> Órgano que ayuda en el gobierno del Opus Dei al entonces Presidente General y al actual Prelado. El Consejo General, que estaba en España, se trasladó a Roma en 1956.

<sup>46</sup> El Ateneo lateranense contaba entonces con un total de 800 alumnos y un claustro de 60 profesores que enseñaban teología, filosofía, derecho canónico y derecho civil (cfr. *Pontificia Universitas Lateranensis. Anno academico 1957-1958. Commentarium*, Roma, 1958, p. 28).

honorífica, porque varios estaban habilitados para dar título de doctor, y tenían por tanto el mismo rango académico. El Ateneo Lateranense pasó a ser Universidad muy poco después de mis estudios allí. Concretamente, Juan XXIII rompió el monopolio del uso del título de Universidad Pontificia por parte de la Gregoriana y erigió al Laterano en Universidad. También se lo dio a la Urbaniana, que dependía de Propaganda Fide, y luego el título se extendió a otras: el Angelicum, el Antonianum..., es decir, todas las que tenían una estructura universitaria, con un mínimo de cuatro carreras.

En el Laterano había un ambiente netamente eclesiástico, e incluso clerical, aunque también había seglares que estudiaban derecho canónico con vistas a completar sus estudios civiles y ser abogados matrimonialistas. En teología, en cambio, no había más seglares que los miembros de la Obra<sup>47</sup>; los demás eran sacerdotes, seminaristas o miembros de órdenes religiosas. El tono general era cordial, el trato agradable y la docencia de muy buen nivel. Lo recuerdo con gran afecto. La personalidad más relevante era Antonio Piolanti<sup>48</sup>, profesor de dogmática, de pensamiento clásico, claro representante de lo que entonces se llamaba la Escuela Romana, es decir, continuadora de la antigua escolástica, aunque con la metodología manualística introducida posteriormente. Hablaba latín maravillosamente bien. De los otros profesores quizás los más importantes fuesen Lambruschini en teología moral<sup>49</sup>, con el que hice la tesis; Roberto Masi, que había estudiado ciencia física y explicaba teología sacramentaria<sup>50</sup>. En conjunto un buen plantel de profesores<sup>51</sup> y un centro en el que se aprendía una teología clásica que te abría a estudios personales posteriores.

<sup>47</sup> Ese curso, de un total de 82 matriculados en su clase, 13 pertenecían al Opus Dei, entre ellos, Pedro Rodríguez, que haría luego una brillante carrera teológica; Hans Freitag, suizo; Herman Steinkamp, alemán; Salvatore Longo, italiano; Vladimir Vince, croata; el resto eran españoles o hispanoamericanos (cfr. *Pontificia Universitas Lateranensis. Anno academico 1957-1958. Commentarium*, Roma, 1958, pp. 279-282).

<sup>48</sup> Antonio Piolanti (Predappio, 1911 / Roma, 2001) ocupó entre 1938 y 1955 la cátedra de teología sacramentaria en el Ateneo Urbaniano, pasando entonces a la de teología dogmática. En 1945 ocupó en el Ateneo Lateranense la cátedra de introducción a la teología, en 1951 la de teología sacramentaria, y en 1954 la de teología dogmática. En 1955 fue nombrado decano de la facultad de teología de la Urbaniana. Fue rector del Ateneo y luego Universidad Pontificia lateranense entre 1957 y 1969. Fue secretario de la Pontificia Academia Teológica Romana (desde 1956) y perito del concilio Vaticano II.

<sup>49</sup> Ferdinando Lambruschini (Sestri Levante, 1911-1981) enseñó teología moral en el Laterano entre 1957 y 1968: su incorporación se debió a que el titular de esa cátedra, Pietro Palazzini, fue promovido como subsecretario de la Congregación de Religiosos. Fue perito del concilio Vaticano II y, en calidad de profesor de teología moral del Laterano, presentó a la prensa la encíclica *Humanae vitae*, el 29 de julio de 1968. El 15 de octubre de ese año fue designado arzobispo de Perugia, lo que puso fin a sus publicaciones científicas.

<sup>50</sup> Roberto Masi (1914-1969) combinó sus publicaciones de carácter físico (por ejemplo, *Struttura della materia: essenza metafisica e costituzione fisica*, Roma, 1957) con otras sacramentarias, como *Mysterium fidei*, Roma, 1969.

<sup>51</sup> En ese curso, el claustro completo de teología del Laterano lo componían, además de los ya citados, estos otros 22 profesores: Eleuterio Boganelli: *Medicina pastoral*; Filippo Caraffa: *Hagiografía*; Ema-

**P.** ¿Y qué diría sobre sus lecturas mientras estudiaba teología en el Laterano?

**R.** Ya en España había leído bastante literatura de orientación en gran parte teológica, tanto francesa –es el caso de Maritain, Berdiaev y Gilson a los que ya me he referido– como alemana: Guardini, Pieper, Karl Adam, Erik Peterson<sup>52</sup>. Fue en Roma donde empecé a leer libros teológicos propiamente dicho, al comenzar teología. Aunque no seguí un plan fijo, fueron de hecho unas lecturas que completaron bastante la formación clásica del Laterano. En esos años, y en los posteriores, presté especial a la gran teología francesa de la primera mitad del siglo xx: De Lubac<sup>53</sup>, Congar<sup>54</sup>, Daniélou<sup>55</sup>, Marrou<sup>56</sup>,

nuele Chiettini, ofm: *Teología fundamental I*; Giuseppe Damizia: *Instituciones de derecho canónico*; Paolo Dezza, sj: *Ascética y Mística*; Giuseppe Ferretto: *Arqueología cristiana*; Salvatore Garofalo: *Cuestiones especiales de Biblia*; Giuseppe Graneris: *Historia comparada de las religiones*; Artur Michael Landgraf: *Historia de la teología*; Francesco Lorenc: *Metodología teológica*; Michele Maccarrone: *Historia eclesiástica*; Carlo Molari: *Teología moral*; Pietro Palazzini: *Cuestiones selectas de teología moral*; Pio Paschini: *Disertación en Historia*; Attilio Maria Peruffo, sj: *Teología pastoral*; Cossimo Petino: *Teología dogmática*; Pietro Pfister: *Historia del arte sagrado*; Pietro Sfar: *Hebreo y Árabe*; Francesco Spadafora: *Hebreo y Griego neotestamentario*; Ildefonso Tassi, ob: *Instituciones sistemático-históricas de liturgia*; Constantino Vona: *Patrología*; Claudio Zedda: *Introducción a la Sagrada Escritura* (cfr. *Pontificia Universitas Lateranensis. Anno academico 1957-1958. Commentarium*, Roma, 1958, pp. 24-28; 149-155).

<sup>52</sup> Erik Peterson (Hamburgo, 1890-1960), teólogo evangélico convertido al catolicismo en 1930. Pasó a vivir en Roma en 1933, consiguiendo en 1937 un puesto de investigación en el Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana. Fue un autor apenas traducido al castellano, y tardíamente: *Das Buch von den Engeln. Stellung und Bedeutung der heiligen Engel im Kultus* (Leipzig, 1935) = *El libro de los ángeles* (Madrid, 1957); *Der Monotheismus als politisches Problem* (Leipzig, 1935) = *El monoteísmo como problema político* (Madrid, 1999); *Theologische Traktate* (Múnich, 1951) = *Tratados teológicos* (Madrid, 1966). Por esta razón, es posible que Illanes accediera a este autor a través del francés, lengua en la que existieron más y tempranas traducciones: *Le mystère des Juifs et des Gentils dans l'Église: suivi d'un essai sur l'apocalypse* (París, 1935); *Les Témoins de la vérité* (París, 1948); y *Le livre des anges* (París, 1954).

<sup>53</sup> Henri de Lubac (Cambrai, 1896 / París, 1991), teólogo y jesuita, profesor de teología fundamental entre 1929 y 1950 en el Instituto Católico de Lyon. Sus primeras obras (*Catholicisme, les aspects sociaux du dogme*, París, 1938; *Le Drame de l'humanisme athée*, Lausanne, 1944) le dieron un gran prestigio, pero tras la controversia por algunas de sus tesis eclesiológicas en *Surnaturel. Études historiques* (París, 1946) y la publicación en 1949 de la encíclica de Pío XII *Humani Generis*, se le prohibió seguir enseñando. Rehabilitado al final de los años 50, fue perito conciliar. Juan Pablo II le creó cardenal en 1983. Es una de las principales figuras de la *Nouvelle Théologie*, junto a Congar, Daniélou, Rahner, Chenu, Gilson, von Balthasar, Küng o Ratzinger. Una síntesis sobre la opinión de Illanes sobre estos teólogos y sobre el clima teológico de los años 1950-1970, puede verse en Josep Ignasi SARANYANA, José Luis ILLANES, *Historia de la teología*, Madrid, 1995, pp. 324-343, 361-396.

<sup>54</sup> Yves Congar (Sedán, 1904-1995), dominico y teólogo, su producción científica y su docencia en Le Saulchoir –la escuela de formación de los novicios dominicos franceses, en Bélgica– y en Estrasburgo se centró en la eclesiología y el ecumenismo. Por algunas de sus tesis sobre este segundo tema recibió desde 1946 advertencias de la Santa Sede. Perito en el Vaticano II, colaboró en la elaboración de *Lumen gentium y Presbyterorum ordinis*. Juan Pablo II le creó cardenal en 1994.

<sup>55</sup> Jean Daniélou (Neuilly-sur-Seine, 1905 / París, 1974). Junto al también jesuita Henri de Lubac inició en 1942 la colección de textos patrísticos *Sources chrétiennes*, iniciativa capital para el renacimiento teológico durante la segunda mitad del siglo XX. Perito en el Vaticano II, fue creado cardenal por Pablo VI en 1969.

<sup>56</sup> Henri-Irénée Marrou (Marsella, 1904 / Bourg-la-Reine, 1977) fue un historiador francés que ocupó la cátedra de historia del cristianismo en la Sorbona, entre 1945 y 1975. Experto en la historia de los

Chenu<sup>57</sup>. También, aunque con menor intensidad, a la alemana: leí entre otros a Rahner<sup>58</sup> y a von Balthasar<sup>59</sup>, cuyo pensamiento me atrajo más que el rahneriano. Aunque no sea alemán sino holandés, también leí al Schillebeeckx de su primera etapa, muy distinta de la que luego siguió<sup>60</sup>. Todo esto, como es lógico, sin dejar de estudiar a Tomás de Aquino y a los Padres, en primer lugar a un Agustín de Hipona con el que siempre he sentido particular afinidad. Me fui así abriendo a una manera de pensar que, con raíces clásicas, entraba en conexión con lo moderno.

También entré en contacto con el mundo teológico romano. Las universidades pontificias tenían un buen nivel, había buenos profesores pero ninguna de las grandes figuras de la teología del momento enseñaba en Roma, excepto Garrigou-Lagrange (el último gran representante de la escolástica<sup>61</sup>) y, en un nivel inferior, Bernard Häring<sup>62</sup>, que enseñaba en el Alfonsianum. Pude también leer y conocer a

primeros siglos del cristianismo –con especial atención a san Agustín–, colaboró con la colección *Sources chrétiennes*. En 1968 publicó su *Théologie de l'histoire*, traducida en 1978 por la editorial Rialp con una Presentación, pp. 9-17, de José Luis Illanes.

<sup>57</sup> Marie-Dominique Chenu (Soisy-sur-Seine, 1895 / París, 1990) fue un teólogo dominico discípulo de Garrigou-Lagrange, que enseñó desde 1920 en *Le Saulchoir* y subrayó en sus publicaciones la importancia de las fuentes históricas medievales, Tomás de Aquino en particular.

<sup>58</sup> Las categorías filosóficas de Heidegger –a quien escuchó en Friburgo–, Kant y Hegel influyen grandemente en las tesis teológicas del jesuita alemán Karl Rahner (Freiburg im Breisgau, 1904 / Innsbruck, 1984), docente en las facultades de teología de Innsbruck, Munich y Münster, además de influyente perito en el concilio Vaticano II.

<sup>59</sup> Hans Urs von Balthasar (Lucerna, 1905 / Basilea, 1988), uno de los teólogos católicos más importantes del siglo XX. Jesuita entre 1929 y 1950, año en que dejó la Compañía para fundar el instituto secular «Comunidad de san Juan». No participó en el concilio Vaticano II, quizás como consecuencia de los recelos que provocó la publicación en 1952 de su *Schleifung der Bastionen: von der Kirche in dieser Zeit*. Junto con Henri de Lubac y Joseph Ratzinger fundó en 1972 la revista *Communio*. Fue creado cardenal por Juan Pablo II en 1988.

<sup>60</sup> Edward Schillebeeckx (Amberes, 1914 / Nimega, 2009), teólogo dominico, profesor en la facultad de teología de Lovaina y, desde 1958, en Nimega. «En sus primeras obras Schillebeeckx se manifiesta fiel continuador del enfoque y la metodología positiva recibida en *Le Saulchoir*, donde estudió: atención al dato positivo, reflexión especulativa inspirada en un tomismo abierto al contexto cultural contemporáneo [...], etcétera. En torno a 1967 se produjo un cambio profundo en su planteamiento, que se orientó, a partir de ese momento, hacia lo que puede designarse como una hermenéutica de la experiencia cristiana con vistas a contextualizar las formulaciones dogmáticas y a fundamentar el desarrollo de la praxis» (Josep Ignasi SARANYANA, José Luis ILLANES, *Historia de la teología*, Madrid, 1995, p. 387).

<sup>61</sup> Réginald Garrigou-Lagrange (Auch, 1877 / Roma, 1964), dominico francés que, tras licenciarse en Letras y Filosofía por la Sorbona dio clase en *Le Saulchoir* desde 1905. Entre 1909 y su jubilación en 1959 ejerció su influyente magisterio en el *Angelicum*.

<sup>62</sup> Bernhard Häring (Böttingen, 1912 / Gars am Inn, 1998), teólogo redentorista alemán, profesor de teología moral en la ‘Accademia Alfonsiana’ entre 1949 y 1987. Publicó en 1954 su libro más influyente: *Das Gesetz Christi. Moraltheologie. Dargestellt für Priester und Laien*, Freiburg, pronto traducido a otras lenguas. En castellano, *La ley de Cristo: la teología moral expuesta a sacerdotes y seglares*. 1, Barcelona, 1961.

diversos filósofos y pensadores italianos: Augusto del Noce<sup>63</sup>, a quien tuve el placer de escuchar y de charlar varias veces; Cornelio Fabro<sup>64</sup>, con el que también tuve una dilatada relación; Gianfranco Morra<sup>65</sup>... En una época posterior participé también en algunas de las reuniones filosóficas que organizaba el profesor Enrico Castelli<sup>66</sup>.

Como resumen, diría que todos los profesores a los que escuché o traté me aportaron mucho. Pero la base fundamental de mis puntos de vista teológicos fueron las lecturas; leí mucho en esos años. Y como luz de fondo, la figura de Josemaría Escrivá, con cuyo espíritu y doctrina iba confrontando y repensando lo que leía o estudiaba, conscientemente unas veces, inconsciente y espontáneamente otras.

**P.** *Dedicó su tesis doctoral al pensamiento de Jacques Maritain, filósofo en cuya compañía ha estado cómodo toda su vida intelectual. ¿De dónde su interés por el filósofo francés?*

**R.** El interés nace en España. Una de las cuestiones que plantea Jacques Maritain... y otros muchos, algunos ya mencionados... es la relación entre cristianismo y cultura contemporánea. Por mi gusto hacia la filosofía política, quise abordar ese tema a través de la relación entre lo espiritual y lo temporal en Maritain<sup>67</sup>. Acudí como director a Lambruschini, que coincidía en cierto grado con mis intereses y a quien le pareció muy bien el tema. No fue un director de tesis exigente. Era un hombre muy amable, abierto de ideas, que leyó lo que yo iba escribiendo, pero me dejó orientar la tarea como me pareció oportuno. De hecho leí toda la obra de Maritain y llegué a unas conclusiones, que le expuse, sin encontrar objeciones por su parte.

Cuando hice la tesis, el pensamiento de Maritain estaba sujeto a discusión. Eran años en que la *Civiltà Cattolica* lo criticaba muy fuertemente<sup>68</sup>, y en los que algunos lanzaron el rumor de que el Santo Oficio estaba a punto de condenarlo. Por

<sup>63</sup> Augusto del Noce (Pistoia, 1910 / Roma, 1989), filósofo italiano que ocupó diversos puestos docentes en Turín, Bolonia y Trieste, hasta que en 1970 ganó en La Sapienza la cátedra de *Storia delle dottrine politiche*. Estudió agudamente el ateísmo contemporáneo, el marxismo, la secularización y el diálogo entre marxismo y catolicismo.

<sup>64</sup> Cornelio Fabro (Flumignano, 1911 / Roma, 1995), sacerdote, teólogo y filósofo italiano que confronta el tomismo con el pensamiento filosófico moderno. Profesor de metafísica en el Urbanianum desde 1942, en ese Ateneo creó en 1959 el primer Instituto sobre Historia del Ateísmo existente en Europa.

<sup>65</sup> Gianfranco Morra (Bolonia, 1930), filósofo y sociólogo italiano, fundador y animador de la revista filosófica *Ethica* (1962-1973), catedrático de sociología del conocimiento en Universidad de Bolonia desde 1974.

<sup>66</sup> Enrico Castelli (Turín, 1900 / Roma, 1977), filósofo e historiador de la filosofía italiana, catedrático en la Universidad de La Sapienza, fundador en 1931 de la revista *Archivio di Filosofia* y, en 1961, de los *Colloqui Castelli*.

<sup>67</sup> El título exacto fue: «El fundamento teológico de la cristiandad en Jacques Maritain» (*Pontificia Universitas Lateranensis. Anno academico 1959-1960. Commentarium*, Roma, 1960, p. 320).

<sup>68</sup> Ver los artículos del jesuita Antonio Messineo en *La Civiltà Cattolica*, 1956, vol. III, 30-VI, *L'umanesimo e gli umanesimi*, pp. 17-29; y, particularmente, 25-VIII, *L'umanesimo integrale*, pp. 449-463. Cfr. Roberto SANI, «*La Civiltà Cattolica e la politica italiana nel secondo dopoguerra (1945-1958)*», Milano, 2004, pp. 142-144.

eso, que el Laterano aceptara una tesis al respecto no era baladí, pues podía parecer que le otorgaba un cierto respaldo. Sobre el ambiente que había puedo contar una anécdota. Vivía, como dije, en Villa Tevere, donde también residía san Josemaría. En un pasillo coincidí un día con san Josemaría y algunos más, que acompañaban a un cardenal que debía estar de visita. Al llegar a mi lado, me presentó: «Este hijo mío está haciendo los estudios de teología y la tesis doctoral». El cardenal me preguntó sobre qué tema. Le contesté que sobre Jacques Maritain. Y el cardenal puso una cara de susto terrible, como considerando que me metía en un terreno peligroso. San Josemaría se dio cuenta, e intervino diciendo en tono tranquilizador: «No se preocupe, será una buena tesis». En ese día y en los sucesivos ni san Josemaría ni nadie me preguntó o indicó nada, y continué mi trabajo con toda libertad.

Antes del verano de 1959 defendí la tesis, con *summa cum laude*. Llegué a enviar el texto a Florentino Pérez Embid, director de Rialp, a quien conocía desde Sevilla, para conocer su opinión. Me dijo que la publicara en cuanto quisiera. Pero me pareció que tenía que profundizar en algunos puntos y matizar algunos juicios, que, al releerlos, no los vi del todo acertados. Comparto con Maritain el enfoque que expone en *Humanismo integral*, el modo en que entiende el tránsito de la edad antigua a la moderna, la relación entre fe y política, el concepto de fin infravalente, el reconocimiento y valor de las realidades terrenales, etc. Pero un punto no me convencía mucho: que admita la existencia de un fin inmanente de la historia, aunque señalando que tal vez no se alcance, pues lo decisivo es el fin trascendente, sobrenatural. Hay en este punto algo que no me parece del todo coherente con el conjunto de su pensamiento, y que, por tanto, había que desarrollar más. No me metí enseguida en ese trabajo y, como pasa con una tesis, cuando no la publicas apenas defendida, la vida te lleva por otro lado y acabó sin publicarse; sólo cosas sueltas<sup>69</sup>.

**P.** *Después de ordenarse en Madrid, volvió a Roma en agosto de 1960, para trabajar en la que luego sería la Oficina de Información del Opus Dei. De hecho, entre 1962 y 1972 usted dirigió esa oficina. ¿Cuál fue su génesis?*

**R.** Hay que retroceder a 1958. Después de ser ordenado sacerdote volví, en efecto, a Roma, pero ya antes, después de obtener en 1959 el doctorado en teología, impartía docencia como profesor del Colegio Romano de la Santa Cruz, y desde 1958 había empezado a colaborar en una de las oficinas dependientes del Consejo

<sup>69</sup> *El sentido de la historia en Jacques Maritain*, en *Nuestro Tiempo*, 70 (1960), pp. 391-409; *Características del filosofar. Análisis del testimonio de Jacques Maritain*, en *Anuario Filosófico*, 9 (1976), pp. 193-245; *Jacques Maritain e la teología*, en *Jacques Maritain oggi. Atti del convegno internazionale di studio promosso dall'Università Cattolica nel centenario della nasita. Milano, 20-23 ottobre 1982*, Milano, 1983, pp. 478-492; *Acción y contemplación en el itinerario intelectual de Jacques y Raissa Maritain*, en *El caminar histórico de la santidad cristiana. De los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II. Actas del XXIV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona 2004, pp. 437-454; *En torno a las nociones de «moderno» y «modernidad»*. Consideraciones en dialogo con Maritain, Fabro y Cardona, en Miguel PÉREZ DE LABORDA (dir.), *Sapienza e libertà. Studi in onore del Prof. Lluís Clavell*, Roma 2012, pp. 229-251.

General: la Oficina del Apostolado de la Opinión Pública. Ambas tareas continuaron después de mi ordenación sacerdotal.

Hacia 1960 la Obra estaba ya muy desarrollada, y había bastantes fieles del Opus Dei con amplia repercusión cultural. En la Universidad de Navarra se había constituido la Escuela de periodismo. Algunos, en uso de su libertad, habían promovido empresas de prensa. En España, habían aparecido *La Actualidad Española* y *Nuestro Tiempo* (en ambos casos con intervención de Antonio Fontán, si la memoria no me falla<sup>70</sup>). En Italia, Salvador Canals y otros sacerdotes crearon una revista que al principio se llamó *Studi cattolici, rivista di teología práctica*, que luego evolucionó hacia la cultura católica en general<sup>71</sup>. En ese contexto, san Josemaría convocó una convivencia de personas de diversos países interesadas por temas de opinión pública; se celebró en 1956. Allí se sugirió la idea –que san Josemaría aceptó– de crear una oficina que ayudase al Consejo General en dos ámbitos: animar a quienes tuvieran condiciones para ese importante apostolado; y realizar una tarea de información institucional, es decir, potenciar la información sobre el Opus Dei.

En un primer momento fue una oficina sin actividad externa. Su función era responder consultas de las regiones acerca de cómo informar sobre el Opus Dei; seguir los artículos o libros que aparecían al respecto; impulsar que se redactaran reportajes bien orientados; replicar, cuando era el caso, algún artículo calumnioso o mal enfocado; etc. Responder a las consultas del Consejo fue –en un primer momento– su actividad única. Posteriormente se inició el trato con periodistas interesados en la vida de la Iglesia y por tanto en la de la Obra, dando origen a verdaderas oficinas de información, primero en Madrid y en Roma, y luego en otros muchos países.

En sus inicios esta oficina nació unida a uno de los cargos del Consejo General –la preceptoría de estudios–, que Julián Herranz desempeñaba en ese momento<sup>72</sup>. Yo me incorporé por tanto a una oficina que estaba prácticamente empezando; al principio no había casi nada, era algo muy elemental: sólo una habitación. Fue luego, a partir de 1960, cuando el Padre decidió potenciar fuertemente la Oficina del Apostolado de la Opinión Pública, lo que coincidió con el momento en que, después de haberme ordenado sacerdote en agosto de 1960, regresé a Roma.

<sup>70</sup> Entre las muchas iniciativas culturales y políticas puestas en marcha por Antonio Fontán Pérez (Sevilla, 1923 / Madrid, 2010), catedrático de filología clásica de la Universidad de Granada (1949), estuvieron esas dos revistas, aparecidas en 1952 y 1954 respectivamente. Más información en Santiago CASAS, *Conversación en Madrid con Antonio Fontán, Anuario de Historia de la Iglesia*, 15 (2006), pp. 333-365.

<sup>71</sup> La revista echó a andar en enero de 1957 y sus directores eran Giacomo Violardo (Govone, 1898 / Roma, 1978; creado cardenal en 1969) y Salvatore Canals (Valencia, 1920 / Roma, 1975), del Opus Dei.

<sup>72</sup> Julián Herranz Casado (Baena, 1930), sacerdote desde 1955 y cardenal en 2003. Apenas hay nada sobre su actividad durante el periodo 1953 a 1960, esto es, su llegada a Roma y el comienzo de su trabajo en la Santa Sede, en sus memorias: *En las afueras de Jericó. Recuerdos de los años con san Josemaría y Juan Pablo II*, Madrid, 2005.

**P.** *Antes del concilio, en cualquier caso.*

**R.** Antes de empezar el concilio, pero cuando ya había sido convocado y la Iglesia estaba en primera fila en la opinión pública, y aún lo estaría durante todo el concilio y también después. Eran también los años en que san Josemaría, como fundador del Opus Dei, había tomado la decisión no sólo de abandonar la figura de instituto secular, sino de hacer pública esa determinación y dar los pasos oportunos a ese efecto. Así lo planteó a la Santa Sede en 1960 y más formalmente en 1962, recibiendo como respuesta que convenía esperar hasta después del concilio. Es, pues, una etapa marcada por la conveniencia de poder informar adecuadamente tanto sobre lo que ocurría en Roma durante el concilio como sobre la naturaleza de la Obra y su cambio de estatus jurídico. Si el Opus Dei estaba en trance de dejar de ser instituto secular y pasaba a tener otra configuración jurídica, estábamos en un momento delicado en cuanto a los escritos o reportajes que se publicaran sobre la naturaleza y la actividad del Opus Dei<sup>73</sup>. Por tanto, aumenta el trabajo de esa Oficina: cómo se responde a quien pregunta, cómo se explica el Opus Dei en una situación nueva, que todavía no es la definitiva, aunque ya se sabe hacia dónde se va. En 1962, la figura de prelatura personal no estaba todavía acuñada, aunque se abría paso la idea de figuras jurisdiccionales de tipo personal y transdiocesano e incluso internacional. La petición de san Josemaría en 1960 y 1962 se mueve en esa línea, pero sin poder utilizar una terminología plenamente adecuada, que estaba todavía en formación. Había pues que encontrar formas de hablar que evitasen las referencias a los institutos seculares y dejases abierta la puerta al desarrollo futuro.

En ese contexto san Josemaría decide dar un fuerte impulso a la Oficina del Apostolado de la Opinión Pública, dotándola de un cuerpo y una fisonomía. No recuerdo exactamente si en 1962 ó 1963 fui nombrado director de esa Oficina y se constituyó una especie de consejo o grupo de personas que lo dirigieran.

**P.** *¿Quiénes eran?*

**R.** Rafael Gómez Pérez, que había estudiado Derecho en la Universidad de Sevilla, Antonio Livi, italiano y filósofo de profesión, y John Coverdale, norteamericano e historiador<sup>74</sup>.

**P.** *¿Cómo orientaba Escrivá el trabajo de esa Oficina?*

**R.** En realidad, él era su verdadero director. Nosotros éramos relativamente jóvenes, en torno a treinta años, con poca experiencia profesional y, como es obvio,

<sup>73</sup> Sobre el particular, ver José Luis ILLANES y Alfredo MÉNDIZ, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, edición crítico-histórica*, Madrid, 2012, pp. 101-107.

<sup>74</sup> Rafael Gómez Pérez (Huelva, 1935) era también doctor en Filosofía eclesiástica. Sus recuerdos acerca de su estancia y trabajo en Roma entre 1958 y 1970 pueden verse en: *Trabajando junto al Beato Josemaría*, Madrid, 1995; John F. Coverdale (Chicago, 1940) estuvo en Roma entre 1961 y 1968, y se doctoró en historia tras regresar a Estados Unidos; Antonio Livi (Prato, 1938) fue después profesor y decano (2002-2008) de la facultad de filosofía de la Universidad Lateranense.

con muchísimo menos conocimiento sobre la realidad de ese Opus Dei del que él era fundador. Por eso, podíamos ayudarle a considerar posibles iniciativas, terminar de precisar su pensamiento, etc., pero siempre siguiendo muy de cerca lo que nos indicaba. Tenía una enorme confianza en nosotros y en la gente que le rodeaba en general. Cuando daba un encargo confiaba plenamente en la persona que lo recibía, y quería que asumiera ese trabajo como propio, que pensara, que tuviera iniciativa. Incluso cuando nos daba un papel con un texto ya redactado para escribir a máquina, solía añadir: «Si al escribirlo se os ocurre algo que lo mejore, no dejéis de decírmelo». Dirigía la Oficina muy directamente, aunque nos daba una gran autonomía.

A primera hora de la mañana solía abrir la correspondencia de gobierno que llegaba a Roma desde los diversos países. Al leerla señalaba a quien correspondía estudiar el asunto. A veces escribía ya una orientación de la posible resolución o respuesta, otras sólo indicaba un o unos nombres, seguidos, en ocasiones, de un «Habladme». En estos casos le llamábamos por teléfono y nos daba de palabra algunas indicaciones. Otras pedía que bajáramos a un salón para reuniones situado al lado de la habitación en que trabajaba. Íbamos uno o dos, o los cuatro en ocasiones más importantes. En todo caso, las reuniones eran breves: trasmítía las orientaciones que quería dar –era frecuente que las llevara escritas en un pequeño papel, que rompía y tiraba a la papelera– y contestaba a las preguntas que hubiese. Todo rápidamente, sin perder tiempo, en pocos minutos. Sin embargo, nunca olvidaba que no era merelymente la cabeza de una empresa, sino un Padre que tenía ante sí a algunos hijos espirituales tuyos. Por eso, solía prolongar la reunión uno o dos minutos más con alguna broma sobre el acento andaluz de los que allí estábamos, con una pregunta por la salud o por las visitas que hubiéramos hecho a lugares romanos, etc. Exigencia en el trabajo y sentido de familia se unían en él muy armónicamente.

**P.** *¿Influyó de algún modo en las tareas informativas de la Oficina la presencia de miembros del Opus Dei en los gobiernos de Franco?*

**R.** Los temas que llegaban a la Oficina procedían de muchos países: Italia, México, Estados Unidos, Alemania... y eran muy diversos entre sí. Pero estuvo en primera fila la afirmación y la defensa de la finalidad exclusivamente espiritual del Opus Dei y de la libertad política de sus fieles, especialmente desde el nombramiento de algunos de ellos como miembros del Gobierno de España en 1957 y en otros posteriores. Por lo demás, era la época en que se veía ya más o menos cercano un tránsito político en España, pues a Franco le iba quedando menos tiempo de vida. Por eso, la prensa internacional, especialmente la francesa y norteamericana, pero también la de México –donde había bastantes exiliados españoles– dedicaba particular atención a lo que pasaba en España, por desgracia, mezclando en ocasiones indebidamente al Opus Dei con esas cuestiones.

Recuerdo que en esos años escribí uno de mis primeros artículos, sobre la libertad política de los católicos. Se trata de un artículo destinado a poner de relieve la falsedad en la que estaba incurriendo la prensa internacional, al afirmar –como

lo hizo en algún momento— que los miembros del Opus Dei estaban salvando a Franco, e incluso que constituían el más importante de los grupos católicos que colaboraban con el régimen. El artículo que redacté se titulaba «Los católicos en la vida política española»<sup>75</sup>. Lo escribí por sugerencia de san Josemaría, que conocía la tendencia democristiana de mi padre y pensaba que yo podía escribir sobre ese tema con una cierta ecuanimidad. De hecho, procuré redactarlo de manera que pudiera ser aceptado tanto por los muchos católicos de Acción Católica, de la ACN de P o de las congregaciones marianas, que habían colaborado y colaboraban con Franco, como por otros que, como mi padre, estaban en desacuerdo con las posiciones colaboracionistas. Una vez publicado, lo mandé a mi padre, al que le gustó y lo enseñó a Giménez-Fernández, que lo apreció también y me mandó una carta felicitándome, que conservo en mi archivo.

**P.** En la segunda mitad de los años 50 y durante la siguiente década, el Opus Dei desmintió repetidamente tener una naturaleza temporal. En ese mismo sentido contestó Escrivá a algunas de las preguntas de periodistas en el libro *Conversaciones*<sup>76</sup>. Pero la idea de que el Opus Dei apoyaba el franquismo ha seguido siendo un lugar común. Ante estos desmentidos y ante esa opinión dominante que enjuiciaba al Opus Dei políticamente, ¿cabe concluir que la estrategia de comunicación seguida no fue eficaz?

**R.** Es difícil responder a esa cuestión. ¿Que la estrategia no fue del todo eficaz? Ciertamente no lo ha sido. Pero, si nos situamos en la actualidad, añadiría que la idea de que el Opus Dei apoyaba al franquismo –o, en términos más amplios, que es expresión de una tendencia política conservadora– continúa presente en algunos círculos intelectuales y en algunos medios de información, pero no es predominante o mayoritaria. ¿Que se podía haber hecho más o actuar con una estrategia informativa distinta? Tal vez. Pero juzgar con el *senso del poi*, como se dice en italiano, sabiendo lo que ha ocurrido después, a toro pasado, es siempre arriesgado y en gran parte gratuito. Todo esto sin negar que ha habido cambios en la política informativa por parte del Opus Dei: a las notas y declaraciones afirmando su independencia respecto a toda acción política, frecuentes en el año 1957 y en los sucesivos, siguió, en 1963, la constitución de Oficinas de Información y, después, la publicación de libros y ar-

<sup>75</sup> Ese artículo apareció primero en italiano: *L'azione politica dei cattolici nella Spagna d'oggi*, en *Studi cattolici: rivista di teología práctica*, 17 (1960), pp. 48-56. Se publicó en algunas otras revistas: *Católicos y política*, en *Arco. Revista de las áreas culturales bolivarianas* (Bogotá), 10 (1960), pp. 326-334; *The political activity of Catholics in modern Spain*, en *The Wiseman Review* (Dublín), 489 (1961), pp. 230-250; *Catholics under Franco*, en *Catholic Mind* (New York), 1170 (1963), pp. 23-36. También se publicó como folleto, en alemán: *Die politische Tätigkeit der Katholiken im heutigen Spanien*, Roma, 1960, 11 pp.; francés: *L'activité politique des catholiques dans l'Espagne d'aujourd'hui*, Ligugé (Vienne), 1960, 11 pp.; y español: *La actuación pública de los católicos en la España actual*, Roma, 1960, 12 pp.

<sup>76</sup> Cfr. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid, 1986, pp. 50-53, 73-80, 92-95, 105-110, 132-141. En José Luis ILLANES y Alfredo MÉNDIZ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, edición histórico-crítica*, Madrid, 2012, pp. 91-107, puede verse un comentario sobre el particular.

tículos de muy diverso tipo, la promoción de programas radiofónicos o televisados, la creación de páginas *web*, etc.

Pero volvamos a los años 50 y 60 y a los sucesos a los que se refiere la pregunta. En la España de Franco no hay política en el sentido fuerte de la palabra: vida de la *polis* donde la gente discute y manifiesta la opinión. Entonces había un señor que detentaba el poder y al que hay que tratar de convencer. No existía un debate público donde discutir temas. Y eso creaba dificultades para una verdadera información y hacía que cualquier bulo pudiera parecer creíble. Todo eso contribuyó a mitigar la eficacia de la información acerca de la verdadera naturaleza del Opus Dei. De otra parte, había muchos intereses entrecruzados: personas que mencionan al Opus Dei como arma política para desacreditar a quienes tenían ideas contrarias; o quienes, teniendo una mentalidad tendencialmente totalitaria, no consideran que pueda haber valores trascendentales a la política, porque no aceptan plenamente lo espiritual. En consecuencia, al ver a miembros del Opus Dei que actúan en política o en otros campos profesionales, se resisten a aceptar que proceden en uso de su libertad personal, y consideran que ha de haber consignas e influencias ocultas. Sólo si se acepta que hay realidades y valores que trascienden a la política, se puede comprender que haya quienes se sienten perfectamente hermanados con otros en la misma fe cristiana, al tiempo que defienden ideas políticas distintas. Y eso faltaba en algunos ambientes de la España de la época de Franco.

Todo eso pertenece al pasado. Hoy la personal libertad y responsabilidad de los miembros del Opus Dei en relación con las cuestiones políticas y culturales es clara y universalmente aceptada. Si hay comentaristas que siguen hablando en otro sentido o que atribuyen al Opus Dei una etiqueta político-cultural es, como ha puesto de relieve Jaume Aurell en un artículo publicado en la revista *Studia et Documenta*<sup>77</sup>, como resultado de la inercia, de esa tendencia a pervivir que caracteriza a los mitos, aunque la realidad siempre acaba imponiéndose.

**P.** En 1966 apareció su primer libro de carácter teológico, un estudio sobre la santiificación del trabajo, que aún se edita y vende. ¿Por qué se decidió a escribirlo? ¿Se podría comprender ese análisis acerca del trabajo desde su propia pertenencia al Opus Dei, desde la influencia en usted del concilio Vaticano II y desde el pensamiento de Jacques Maritain?

**R.** Esta pregunta nos conduce hacia la otra vertiente de mi trabajo en los años 50 y 60, la teológica, que fue predominante en los años posteriores. Como ya dije antes, desde 1960, cuando volví a Roma después de mi ordenación sacerdotal, me dediqué a la Oficina del Apostolado de la Opinión Pública, pero no sólo. Desde antes era profesor de teología en el Colegio Romano de la Santa Cruz, que tiene carácter de centro internacional para miembros del Opus Dei de los más diversos

<sup>77</sup> Jaume AURELL, *La formación de un relato sobre el Opus Dei*, en *Studia et Documenta*, 6 (2012), pp. 235-294.

países. De otra parte, en 1967 se constituyó en Pamplona un Instituto de Teología, que fue el germen de la actual facultad de teología, erigida en 1969. En 1970 fui nombrado profesor de esa facultad con vistas a impartir cursos de la licenciatura en teología que, aunque tuvieran lugar en Roma, estaban jurídicamente vinculados a la facultad de Navarra. En suma, todos esos años me estuve dedicando a la teología y escribí, antes de mi regreso a España, diversos artículos que aparecieron en *Studi cattolici* y en otras revistas<sup>78</sup>.

El libro sobre el que preguntas no nace por influjo ni de Maritain, ni de otros autores que habían escrito sobre el trabajo desde una perspectiva teológica –Congar, Chenu, Thils, etc.–, ni del concilio –aunque conocía bien lo que unos y otros habían dicho al respecto–, sino como reflejo del espíritu del Opus Dei y como consecuencia de un motivo concreto, relacionado también con el Opus Dei. En 1963 y 1964 Hans Urs von Balthasar publicó dos artículos que manifestaban una fortísima incomprendición contra el Opus Dei. Uno, titulado «Integralismus», apareció en la revista austriaca *Wort und Wahrheit*. El otro: «Preguntas fraternales al Opus Dei», lo publicó, algún tiempo después, el dominical católico alemán *Der christliche Sonntag*<sup>79</sup>. En ambos hay una incomprendición radical del espíritu del Opus Dei, fruto, en parte, de un escaso conocimiento del Opus Dei y, sobre todo, de su malestar al ver en la Obra algo que a von Balthasar le fascina (siente una fuerte preocupación por afirmar la vida laical: ha fundado un instituto secular, advierte la difusión y el ímpetu del Opus Dei), pero que no acierta a comprender, ya que –afirma– *Camino*, que ha leído y al que se refiere, no está sustentado por una base doctrinal fuerte, por una teología. Muy influido por el idealismo, von Balthasar tiende a pensar que la acción del cristiano, para ser una realidad acabada, debe ser la prolongación de una fe no sólo sincera, sino refleja (en otras palabras, no sólo teologal, sino teológica), olvidando que puede brotar de una actuación del Espíritu Santo que desemboque en intuiciones profundas, en una fe viva que mueve e impulsa a obrar. *Camino* contiene una gran hondura de pensamiento, pero lo expresa unido a la vida que aspira a promover. Hay que saber leer *Camino* para percibir la riqueza que contiene. Y von Balthasar no supo leerlo.

A san Josemaría el ataque de von Balthasar le dolió profundamente, tanto más cuanto procedía de un teólogo de prestigio y se producía en pleno concilio Vatica-

<sup>78</sup> Por ejemplo: *Riflessioni sull'età moderna*, en *Studi cattolici*, 15 (1959), pp. 19-24; *La coexistencia pacífica*, en *Istmo*, México (1960), pp. 51-57; *La llamada universal a la santidad*, en *Nuestro Tiempo*, 162 (1967), pp. 611-630; *Cultura e teología na formaçao de sacerdote*, en *Theologica*, 1 (1968), pp. 46-53; *Pièta e unità di vita*, en *Studi cattolici*, 89 (1968), pp. 633-637; *La secularización en la teología anglosajona contemporánea*, en *Scripta Theologica*, 1 (1969), pp. 189-211.

<sup>79</sup> Hans Urs von BALTHASAR, *Integralismus*, en *Wort und Wahrheit: Monatsschrift für Religion und Kultur*, XVIII/2 (1963), pp. 737-744; y *Friedliche Fragen an das Opus Dei*, en *Der christliche Sonntag*, 12-IV-1964, pp. 117-118.

no II. Podía, pues, hacer daño a la Obra y a la Iglesia. Como Secretario General del Opus Dei, Álvaro del Portillo escribió una réplica, que publica *Wort und Wahrheit*<sup>80</sup>. Que yo sepa es la primera –y no me parece que haya habido otra– rectificación proveniente del Secretario General del Opus Dei, no de una oficina de información, lo que muestra la seriedad del tema.

Aparte de esa nota y de lo que la Oficina de Información pudiera decir, me sentí personalmente implicado. Afirmar que el Opus Dei no tiene un mensaje, no tiene nada interesante que decir, me afectaba no sólo como miembro del Opus Dei, sino también como teólogo. Me planteé la necesidad de redactar algo que mostrara la riqueza teológica que contiene el espíritu del Opus Dei. Pensé que el eje de ese análisis podía ser la doctrina sobre la santificación del trabajo. Escribí el libro contando con las obras de san Josemaría que había ya publicadas, fundamentalmente *Camino* y poco más (no recuerdo si citaba *Santo Rosario*), con mi vivencia personal del espíritu del Opus Dei y con mi conocimiento de la historia de la espiritualidad y de la teología. El resultado fue un texto que pone de relieve cómo, por diversas razones, el trabajo había estado poco presente en la historia de la espiritualidad y cómo, en cambio, lo estaba presente en la predicación y la doctrina de san Josemaría.

Al ser yo el director de una oficina dependiente del Consejo General del Opus Dei, cuando lo terminé pensé que no lo podía publicar sin que lo viese san Josemaría. Acudí a Javier Echevarría, en aquel momento uno de los dos *custodes* que le acompañaban, y le dije: «Javier, aquí está esto por si lo quiere ver el Padre». Y a san Josemaría le gustó. Tanto le gustó –no sé si era mayo o junio cuando se lo enseñé–, que se lo llevó para trabajarla ese verano. En ese momento estaba dando su última revisión a una serie o ciclo de *Cartas* dirigidas a los miembros<sup>81</sup>. Me lo devolvió con una selección de párrafos de esas *Cartas* que hablaban del trabajo. Recuerdo perfectamente que esos pasajes venían pegados, al pie de las páginas de mi texto, y que estaban escritos con diversos tipos de letra de máquina. Con esa base reelaboré mi texto haciéndolo mucho más rico<sup>82</sup>. Tuvo después diversas ediciones y traducciones, una

<sup>80</sup> Álvaro del PORTILLO Y DIEZ DE SOLLANO, *Integralismus: Stellungnahme des Opus Dei zu dem gleichnamigen Artikel von Hans Urs von Balthasar*, en *Wort und Wahrheit: Monatschrift für Religion und Kultur*, XIX/1 (1964), pp. 224-225. Un análisis de la controversia, en Erns BURKHART, Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, vol. 1, Madrid, 2010, pp. 107-112. Álvaro del Portillo (Madrid, 1914 / Roma, 1994), sacerdote desde 1944, fue Presidente General (1975) y Prelado (1982) del Opus Dei hasta su muerte. Ver la reciente biografía a cargo de Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Madrid, 2012, 826 pp.

<sup>81</sup> Sobre el particular, cfr. José Luis ILLANES, *Obra escrita y predicación de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, en *Studia et Documenta*, 3 (2009), pp. 246-257.

<sup>82</sup> Inicialmente, se publicó como un artículo: José Luis ILLANES, *La santificación del lavoro tema del nostro tempo*, en *Studi cattolici*, 57 (diciembre 1965), pp. 33-59; en las notas hay numerosas citas de *Camino* y de las *Cartas*, y una única cita de *Santo Rosario*, en la nota 109. Illanes cuenta la génesis de este libro en otra obra suya: *Ante Dios y en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, Pamplona, 1997, pp. 11-13.

reelaboración y ampliación en 1981 –en la que pude aprovechar las homilías publicadas de *Es Cristo que pasa y Amigos de Dios-*, y luego otra después de la beatificación de Josemaría Escrivá. Esta es la historia del libro, que es la primera exposición en conjunto del espíritu del Opus Dei. Ciertamente, desde una perspectiva –el trabajo– válida para una empresa de ese tipo.

**P.** *El concilio Vaticano II fue un acontecimiento decisivo que influyó en todo el mundo católico y también en su personal trayectoria intelectual. ¿Estuvo usted ligado de alguna forma a los trabajos conciliares?*

**R.** No participé en el concilio, si eso es lo que quieras decir. En 1960 no tenía la edad ni el prestigio suficientes. Pero como residí en Roma durante todo el desarrollo del concilio lo pude seguir muy de cerca y, de ese modo, vivirlo. El concilio fue un gran acontecimiento, que ha dejado detrás de sí no sólo el eco de su celebración, sino unos documentos de gran importancia, llamados a incidir en la vida de la Iglesia hasta nuestros días, y más allá.

La realidad es que el concilio era necesario. En aquel tiempo (me refiero a los años 1959 y siguientes) estaba ya comenzando el gran cambio cultural en el que todavía nos encontramos. Habían pasado casi veinte años desde el fin de la Guerra Mundial. Se había producido la descolonización de África y de Asia; India y China todavía contaban poco, pero se intuía que iban a contar en el futuro. No se disponía aún de la facilidad de comunicaciones de hoy, pero el teléfono, la televisión, los inicios de la informática... hablaban de un mundo nuevo. La Iglesia, ya desde tiempos de Pío XII, había dejado la preocupación predominante de la defensa frente a un racionalismo y un laicismo radicales. Todos estos cambios traían consigo que la forma de relacionarse de la Iglesia con la sociedad podía y tenía que ser diversa, y que resultaba imprescindible modernizar algunas de sus estructuras. ¿Esa modernización podía hacerse sin convocar un concilio? Tal vez sí. Pero también, es cierto, que un concilio era uno de los instrumentos más adecuados. A nadie se le oculta que el concilio se proponía un objetivo difícil: ¡dar por cerrada una época y empezar a abrir otra no es sencillo de hacer!

Viviendo en Roma, pude seguir de cerca cuanto se iba diciendo en el concilio, el ambiente que rodeó los trabajos conciliares, el eco que despertaron los documentos aprobados, desde la constitución *Sacrosanctum Concilium* hasta la *Gaudium et spes*. Todo ello me servía de reflexión personal y de conversación con otros profesores y amigos. En aquella época y en los años sucesivos participé en la creación y desarrollo del Centro Romano di Incontri Sacerdotali (CRIS)<sup>83</sup>, nacido para promover el en-

<sup>83</sup> Sobre los orígenes del CRIS y sus primeras conferencias y publicaciones, cfr. Julián HERRANZ, *En las afueras de Jericó. Recuerdos de los años con san Josemaría y Juan Pablo II*, Madrid, 2005, pp. 124-129; Joaquín ALONSO, *Le origine del Centro Romano di Incontri Sacerdotali (CRIS)*, en *Pontificia Università della Santa Croce. Dono e compito: 25 anni di attività / Pontifical University of the Holy Cross. A Gift and a Calling: 25 Years of Activities*, Milano, 2010, pp. 72-79.

cuento entre sacerdotes que habían acudido a Roma para realizar estudios, o para dedicarse a la docencia; su actividad fundamental consistía en encuentros, meditaciones y retiros, aunque tampoco faltaron charlas y conferencias. Por esos mismos años, un pequeño grupo de profesores de teología que enseñábamos en Roma comenzamos a reunirnos de modo informal, pero con cierta continuidad: entre otros, Vladimir Boublík, que enseñaba teología fundamental en la Lateranense; Carmelo Nigro, profesor también en el Laterano; Battista Mondin, en la Urbaniana; Carlos Cardona, Ramón García de Haro y yo mismo, en el Colegio Romano de la Santa Cruz.

Asistí también a bastantes de las conferencias que se organizaron entonces en Roma. Algunas en el IDOC, un centro con una orientación discutible en diversos puntos, pero muy activo y que invitaba a personas interesantes<sup>84</sup>. Recuerdo sobre todo dos conferencias. Una de Chenu, que me impresionó mucho por sus grandes cejas y por su gran fuerza expresiva. Y otra de Ratzinger. Las dos tuvieron lugar en una sala que pertenecía al colegio alemán de Santa María dell'Anima y que daba, por uno de sus lados, a la Piazza Navona. Joseph Ratzinger era entonces un joven profesor, pero ya muy conocido. Me impresionó su figura, lo cuidado de su lenguaje, la elegancia de su comportamiento, su pelo ya blanco totalmente y, sobre todo, su rica doctrina e intuición para formular y emitir diagnósticos. No recuerdo exactamente ni la fecha ni el título de la conferencia, aunque sí que presuponía de algún modo los debates o el contenido de la *Lumen gentium*. Sí recuerdo muy bien una de sus afirmaciones centrales: ahora estamos hablando mucho de la Iglesia, pero me atrevo a pronosticar –éstas fueron, más o menos, sus palabras– que en los años próximos el tema fundamental de la teología será Dios.

El desarrollo posterior de los acontecimientos y de las ideas le ha dado la razón. Poco después, a fines de los años 60 y comienzos de los 70, se difundieron desde el mundo anglosajón la «teología de la secularización» y luego la «muerte de Dios», ambas efímeras (pronto cayeron en el olvido), pero a la vez significativas respecto a cuestiones de fondo de nuestro momento cultural. Las consideraciones que apuntó Joseph Ratzinger en aquella conferencia han estado presentes en el magisterio de Benedicto XVI, particularmente en sus abundantes referencias al nihilismo. Mirando hacia atrás, se puede afirmar que el tema clave de nuestro momento histórico no lo constituye el análisis de la relación entre la Iglesia y el mundo, sino la reflexión sobre qué es y qué sentido tiene el mundo.

---

<sup>84</sup> El Centro Holandés de Documentación –puede encontrarse indistintamente bajo las siglas DO-C o IDOC– se fundó en Roma durante el concilio, patrocinando cientos de conferencias con el ánimo de influir en la opinión de los padres conciliares (cfr. Giuseppe ALBERIGO (dir.), *Historia del Concilio Vaticano II*, vol. V. *El Concilio y la transición. El cuarto período y el final del Concilio [septiembre-diciembre 1965]*, Salamanca, 2008, p. 577).

### III. MADRID, 1972-1978. DE PASO

**P.** *Cambiamos de época, de ciudad y de actividades, aunque no de intereses intelectuales y vitales. En agosto de 1972 regresó a España. Acabó una larga trayectoria romana y comienza una nueva etapa, que le llevó en primer lugar a Madrid, como co-director de la sección de teología dogmática de la Gran Enciclopedia Rialp (GER). ¿Podría explicar ese proyecto?*

**R.** La nueva etapa tenía como horizonte Pamplona, para incorporarme a la facultad de teología, pero pasando un tiempo en Madrid, donde me incorporé al trabajo de la GER. Esta enciclopedia tuvo un doble inicio, por así decir. En su primer momento se pensó en una enciclopedia católica, acogiendo la sugerencia que hizo desde Roma san Josemaría. Después de elaborar un primer elenco de voces se pasó a algo de más alcance: una enciclopedia universal con especial atención a los temas católicos. Yo me incorpоро a mitad del trabajo, en la etapa de la revisión central, cuando el proyecto está ya lanzado y empezado. Me parece recordar que la enciclopedia estaba editada, o al menos lista para la edición de la H, me parece<sup>85</sup>.

No intervine, pues, en la primera fase de elaboración de la sección de teología, sino que me encuentro con un programa ya hecho. Me incorporé al mismo tiempo a la sección de teología dogmática –como director de la sección junto con Pedro Rodríguez y Alfredo García<sup>86</sup>– y a la redacción central, que recibía y valoraba los artículos, solicitaba pareceres, los retocaba o pedía a los autores que lo hicieran o que diesen el visto bueno final. Allí, en fin, se conjuntaba todo. En el equipo central de la GER estaba también Jorge Ipas, que tenía una gran formación teológica, y con el que colaboré estrechamente.

**P.** *En esas circunstancias falleció el fundador del Opus Dei. Al poco se constituyó una Oficina Histórica en Madrid, de la que usted pasó a formar parte. ¿Podría explicar qué fue exactamente esta Oficina y qué papel le correspondió?*

**R.** Cuando muere san Josemaría el 26 de junio de 1975, me encontraba en La Lloma (Valencia), en un curso de verano. Como es obvio la impresión que nos produjo a todos fue tremenda. Para entonces, la GER estaba prácticamente terminada, tan sólo faltaban trabajos de edición y algunas cuestiones de detalle. Mi trabajo ya no era necesario y lo podía seguir perfectamente Jorge Ipas, así que podía ya marchar a Pamplona. De hecho, había pensado irme a Pamplona a continuación de mi curso de verano. Ya había recogido todas mis cosas en Madrid. Sin embargo, al regresar de Valencia me llamó Florencio Sánchez Bella, que era el Consiliario del Opus Dei en

<sup>85</sup> La primera edición de esta enciclopedia de 24 volúmenes se editó entre 1971 y 1977.

<sup>86</sup> Pedro Rodríguez (Cartagena, 1933), profesor de la facultad de teología desde 1967, de la que fue decano entre 1992 y 1999. Alfredo García (Luarca, 1927 / Madrid, 1998) fue el primer director del Instituto Teológico (1967-1969) de la Universidad de Navarra y director de la revista *Scripta Theologica* (1969-1971); posteriormente, fue asesor de la Conferencia Episcopal Española.

España<sup>87</sup>: «José Luis, don Álvaro ha decidido reunir material histórico con vistas a que en su día se pueda iniciar el proceso de canonización del Padre. Como has trabajado durante varios años muy cerca del Padre, ¿te importaría quedarte en Madrid ocupado en este asunto?». Le dije que sí, que no me importaba y que, al contrario, me parecía muy bien. Así que prolongué durante tres años la estancia en Madrid, para dedicarme a una oficina histórica, en la que estaban también Benito Badrinas, Julio González-Simancas, José María Revuelta, Francisco Martí Gilabert y alguno más.

Nuestra tarea era buscar documentación. Álvaro del Portillo ya había comunicado a todas las regiones que se escribieran los recuerdos personales sobre el fundador del Opus Dei: testimonios, anécdotas, etc. Todo ese material se iba reuniendo, archivando y organizando en Madrid. Hice bastantes viajes por España, algunos con Benito Badrinas, otros con José María Revuelta. Recorrimos gran parte de Aragón buscando información entre familiares y conocidos de san Josemaría: compañeros de seminario y de la facultad de derecho, etc. El testimonio más divertido que recuerdo nos lo facilitó un antiguo compañero de san Josemaría en la Universidad de Zaragoza, que nos dijo: «Creo que aún vive una señora que dice que fue niñera de Josemaría Escrivá, es una viejita que tiene noventa años y que está en tal asilo». Fuimos a verla y se acordaba perfectamente de la enfermedad que tuvo san Josemaría de pequeño –la que causó la peregrinación de sus padres a Torreciudad– y de otros detalles.

Como parte de mi trabajo en la oficina, asumía la tarea de resumir los datos y testimonios que habían llegado. Por eso, don Álvaro me pidió que redactara un texto que podría acabar siendo una biografía o, por lo menos, un punto de partida para una biografía sobre san Josemaría. Preparé un texto que revisó en parte don Álvaro, aunque finalmente no lo completé. Sé que se conserva en el archivo de la Prelatura.

**P.** *¿Qué extensión tenía su manuscrito?*

**R.** Quinientas o seiscientas páginas. Ha sido útil para otros trabajos: François Gondrand me escribió agradeciéndome porque le había servido para publicar la suya<sup>88</sup>. El trabajo en la Oficina Histórica duró hasta 1978, año de mi incorporación a la facultad de teología de la Universidad de Navarra.

**P.** *Para entonces, la teología, la comunicación y la historia habían sido sus tres grandes y sucesivos itinerarios biográficos. ¿Qué orden de importancia o de prioridades tuvieron esas grandes esferas en su vida intelectual?*

**R.** En el primer puesto, sin duda, la teología. Me había ocupado de otras cuestiones, entre ellas las tareas relacionadas con la comunicación, pero nunca he sido ni he pretendido ser un experto en comunicación. De hecho, no me dedicaba formal-

<sup>87</sup> Florencio Sánchez Bella (Valencia, 1924 / Granada, 2008), sacerdote desde 1951 y consiliario o vicario regional del Opus Dei en España entre 1960 y 1984.

<sup>88</sup> *Au pas de Dieu. Josémaría Escrivá de Balaguer, fondateur de l'Opus Dei*, Paris, 1982, 347 pp.

mente a la comunicación en cuanto tal, sino que trabajaba en una oficina dependiente del Consejo General relacionada con esos temas.

En cuanto a la historia, me ha interesado desde el principio de mi vida intelectual, no tanto en su aspecto documental e historiográfico, sino cuanto filosofía de la historia. El estudio del desarrollo de las ideas, y las preguntas acerca de qué es la historia, hacia dónde va el acontecer y las leyes que rigen su despliegue, siempre me han atraído e interesado muchísimo. En esa dirección me llevaba la lectura de Maritain, de Berdiaev, de Karl Löwith (en especial su ensayo sobre el sentido de la historia<sup>89</sup>), de la *Filosofía de la Historia* de Hegel, de los escritos de Henri de Lubac y su programa de reconsiderar la historia de la teología volviendo a los Padres de la Iglesia, de la obra de santo Tomás de Aquino, que introduce bastantes de sus cuestiones analizando cómo ha evolucionado un concepto y, muy particularmente, la de san Agustín. Leí muy pronto *La Ciudad de Dios* y me entusiasmó. Agustín de Hipona es quizá el autor que más me ha influido en mi pensamiento, aparte de san Josemaría, del que depende en muchos puntos en las esferas espiritual e intelectual. Muchas de mis lecturas tienen que ver con la teología y la filosofía de la historia y sobre ese campo versan varios de mis escritos<sup>90</sup>. Además, como método para enfocar los temas, me ha atraído siempre analizar la historia de cómo surge y se desarrolla una cuestión. En mi investigación, lo especulativo teológico ha estado siempre muy unido a lo histórico, aunque en ocasiones me haya encargado de tareas historiográficas, como las de la Oficina Histórica de la que antes hablaba o en estos últimos años las del Instituto Histórico san Josemaría Escrivá de Balaguer.

Desde que llegué a Roma en 1956 y centré mi estudio en la teología, esa ha sido siempre mi orientación de fondo, no la he dejado nunca: con más o menos intensidad, dando más o menos clases, escribiendo más o menos artículos... Ha estado siempre presente, con una orientación histórica que facilita, cuando llegue el momento, el paso a la investigación historiográfica, pero también siempre sin olvidar lo teológico. Y, desde luego, al llegar a la Universidad de Navarra en 1978, me metí en la teología plenamente.

**P. Sin perder la mentalidad jurídica.**

**R.** Sin perderla, efectivamente. Cinco años estudiando derecho en Sevilla, con buenos profesores, dejan poso. Pero no olvides que, dentro del campo de lo jurídico, me atrajo especialmente lo especulativo. La positividad del derecho no me interesaba especialmente, a pesar de tener buenos profesores de derecho civil y de administrativo, materia que le oí a un Clavero Arévalo recién incorporado al claustro sevillano.

<sup>89</sup> *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*, Madrid, 1956.

<sup>90</sup> Pueden verse los que reunió en José Luis ILLANES, *Historia y sentido: estudios de teología de la historia*, Madrid, 1997, 349 pp.

IV. PAMPLONA, 1978-2003. LA PLENITUD

**P.** En Pamplona comenzó enseñando teología dogmática y al poco tiempo fue nombrado vicedecano de la facultad de teología. Entre 1980 y 1993 fue decano y a partir de esa fecha vicedecano otra vez hasta el curso 2002-2003. ¿No le cansan tantos años dedicado al gobierno y a la gestión? O dicho de modo más coloquial y positivamente: ¿qué recursos tiene para no quemarse ni quemar a otros al mandar?

**R.** Fui a Pamplona con la idea de dedicarme a fondo a la teología, y así lo hice, ocupando la cátedra de teología fundamental, que estaba vacante. También es cierto que casi enseguida me vi llamado a tareas de gobierno. Y es verdad que las tareas de gestión cansan. De hecho, en algunos momentos hubiera deseado poder dedicarme por entero al estudio y a la docencia. Pero tampoco hay que exagerar: si se tiene una función de gobierno en un contexto de amistad y deseos de colaboración, como era la facultad de teología, todo resulta agradable. Y siempre mantuve una importante dedicación al estudio y la docencia. Así que no me encontraba cansado cuando dejé el cargo de vicedecano en el año 2003. Para qué te voy a engañar, lo pasé bastante bien todos esos años. Quizá también porque en principio soy bastante vitalista [se ríe].

**R.** *Como su madre.*

**P.** Como mi madre. Tengo mucho del carácter valenciano, mezclado con la serenidad de mi padre y algo del escepticismo del carácter andaluz, lo cual ha dado origen a una mezcla que trae consigo una gran capacidad de adaptarse a la situación y de lanzarse. No he tenido grandes problemas, de ordinario me he encontrado bien, también físicamente. Por otra parte, llegué a Pamplona en un momento en que la facultad estaba necesitada de impulso, porque le había afectado, como a todo el mundo, la crisis postconciliar.

**P.** *¿En qué sentido?*

**R.** El ambiente teológico general estaba dividido. No reinaba ya el optimismo que se había manifestado durante el concilio y el periodo inmediato a su conclusión. Y todo eso influyó en toda persona que se dedicara a la teología, aunque en el caso de Pamplona diría que menos que en otros sitios. En cualquier caso, algunos profesores habían dejado la facultad y la teología en cuanto tal; otros conservaban su conexión con la facultad, pero dedicándose más a otras tareas. Y, en general, estaba la gran cuestión de cómo hacer teología en ese momento de cambio y de crisis. Pepe Casciaro –que es el primer decano y sigue siéndolo al llegar yo– está enfermo y cansado, sin que los médicos alcancasen a diagnosticar las causas<sup>91</sup>. Mi llegada fue la de

---

<sup>91</sup> José María Casciaro Ramírez (Murcia, 1923 / Pamplona, 2004), profesor de Sagrada Escritura en el seminario de Madrid entre 1955 y 1967, fue de los profesores que comenzaron el Instituto de Teología. Transformado en facultad de teología en 1969, fue decano hasta 1980.

alguien que viene de otra ciudad (Madrid y remotamente Roma), pero que conoce a todo el mundo y al que todo mundo conoce. Conocía perfectamente a José María Casciaro; a Jesús Ferrer, que era director de investigación<sup>92</sup>; a Luis Alonso, que era el director de estudios; a Pedro Rodríguez, que sin estar en la Junta era uno de los profesores fundamentales de la facultad. Conocía también, aunque menos, a Paco Seco, con quien me entendí –y entiendo– la mar de bien, por ser los dos andaluces. Y si no conocía a alguno, o apenas, entré en amistad rápidamente, como ocurrió con Amador García-Bañón, Josep-Ignasi Saranyana, Gonzalo Aranda, Santiago Ausín, Teodoro López, Antonio Aranda... Como he subrayado antes, yo no era alguien que llegaba de fuera, sino alguien que ya era profesor de la facultad y había venido con frecuencia a Pamplona para conferencias, ciclos, cursos de verano.

A los pocos meses de llegar a Pamplona fui nombrado vicedecano. El rector Alfonso Nieto<sup>93</sup> me dijo: «Hemos pensado nombrarte vicedecano. José María Casciaro se encuentra enfermo, un poco decaído. Nos parece que tú puedes echar una mano». Poco después, el decano Casciaro entra en un proceso de agotamiento. Primero se piensa que podía ser un cáncer, luego se vio que la causa era una situación global de cansancio. En enero de 1979 recibimos de mons. Álvaro del Portillo, Gran Canciller de la Universidad, la sugerencia de iniciar simposios internacionales, para que la facultad de teología fuese adquiriendo cada vez más prestigio. De hecho, ese año organizamos el primero, en el que José María Casciaro pronunció las palabras de apertura, pero ya muy agotado: en seguida dejó de venir por la facultad. Me encontré como vicedecano, aunque haciendo funciones de decano, cargo para el que fui nombrado en 1980. Por su parte José María Casciaro se recuperó unos meses después y pudo continuar varios años más trabajando eficazmente.

**P.** ¿Qué destacaría de ese largo periodo, entre los años 1978 y 2003? ¿Trajo consigo cada década cambios profundos en la facultad, o la realidad no se puede medir por décadas, sino más bien por hitos o tareas?<sup>94</sup>

**R.** Si se puede medir por décadas, no lo sé. Cuando llego en 1978, la facultad está en un momento de recomienzo, tras unos años de crisis. Que a los cinco meses de estar en Pamplona me nombraran vicedecano quería decir que se contaba con

<sup>92</sup> Jesús Ferrer Serraté (Castejón de Monegros, 1937 / Zaragoza, 2005) se incorporó al claustro de la facultad en 1971, inmediatamente después de su ordenación sacerdotal ese año.

<sup>93</sup> Alfonso Nieto Tamargo (Oviedo, 1932 / Pamplona, 2012), catedrático de empresa informativa en 1976 y, desde 1979 a 1991, rector de la Universidad de Navarra.

<sup>94</sup> Las cuestiones tratadas a continuación pueden verse con más detalle en la parte que el libro conmemorativo del XXV aniversario de la facultad de teología dedica a su itinerario histórico, mediante entrevistas a José María Casciaro, Pedro Rodríguez, Amador García-Bañón, Lucas F. Mateo-Seco, Josep-Ignasi Saranyana y el propio José Luis Illanes: *Teología y Universidad. En el XXV aniversario de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (1967-1992)*, Pamplona, 1993, pp. 27-118. Remito a esas páginas para las precisiones que no tienen cabida en estas notas.

una dedicación plena de mi parte. Y procuré actuar en consecuencia. ¿Qué se podría destacar de esos años?

Por un lado, el impulso de mons. Álvaro del Portillo para potenciar y prestigiar la facultad. La facultad de derecho canónico tenía entonces y sigue teniendo hoy un enorme prestigio en el mundo canonístico. Es la facultad en la que habían estado desde el principio profesores como Pedro Lombardía y Javier Hervada<sup>95</sup>, internacionalmente conocidos. La facultad de teología lo era mucho menos. Ese hecho se explica –en parte– porque es mucho más difícil darse a conocer en teología que en canónico: es un mundo mucho más complejo, más difícil. Y, además, porque la facultad de canónico tiene un apoyo en el mundo jurídico civil, del que venían Lombardía, Hervada y otros. Por el contrario, la facultad de teología tenía que nacer de sí misma, ya que siendo el Opus Dei una institución preponderantemente laical sus miembros habían realizado estudios civiles y no eclesiásticos. A finales de los años 70 tenía ya prestigio: la revista *Scripta Theologica* era bien conocida; a los seminarios de profesores habían acudido numerosos profesores de otras facultades españolas y extranjeras; las colecciones de monografías escritas por profesores iban adelante; etc. Pero era oportuno dar pasos adelante y don Álvaro animó mucho en ese sentido.

Un hito muy importante fue su impulso para organizar los simposios internacionales de teología. El primero, en 1979, se lo debemos a él. De hecho, se pudo organizar gracias a que dio muchos nombres: amigos suyos de la Congregación de la Doctrina de la Fe, personas que había conocido con otros motivos, etc. El simposio salió muy bien, y publicamos unas actas con un contenido muy rico<sup>96</sup>. Tiempo después, al valorar en una reunión de la Junta el trabajo realizado, vimos mejor no tener un simposio anual, sino cada dos años. Pero don Álvaro no cedió: «Tiene que ser uno cada año de momento, luego en el futuro, ya veréis, Dios dirá». Organizamos el segundo, en 1980<sup>97</sup>. Mirando hacia atrás, he de decir que don Álvaro tenía razón, pues los simposios han contribuido mucho al prestigio actual de la facultad de teología.

<sup>95</sup> Pedro Lombardía (Córdoba, 1930 / Pamplona, 1986), catedrático en 1958 de derecho canónico por la Universidad de Zaragoza, fue entre 1952 y 1984 profesor de derecho en el Estudio General de Navarra, después Universidad de Navarra. En 1984 pasó a ocupar una cátedra de canónico en la Universidad Complutense. Javier Hervada (Barcelona, 1934), catedrático de derecho eclesiástico del Estado en 1964, profesor entre 1965 y su jubilación en la facultad de derecho canónico de la Universidad de Navarra. Fue el primer y más importante discípulo de Lombardía.

<sup>96</sup> Las actas de ese primer simposio, celebrado en Pamplona del 18 al 20 de abril de 1979, se titularon *Ética y Teología ante la crisis contemporánea*, Pamplona, 1980, 661 pp. La conferencia de clausura sobre *El Magisterio y los fundamentos doctrinales de la ética sexual* (pp. 601-620) corrió a cargo de Jérôme Hamer, secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

<sup>97</sup> Fue del 9 al 11 de abril de 1980. Sus actas: *Cuestiones fundamentales sobre matrimonio y familia*, Pamplona 1980, 968 pp. Estas reuniones se siguen celebrando anualmente: las actas del XXXIII Simposio internacional, en 2012, se han titulado, *Religión, sociedad moderna y razón práctica*, Pamplona, 2012, 284 pp.

Otro punto importante ha sido el desarrollo del profesorado. Pudimos recuperar a algún profesor que se había apartado de la docencia: José Morales, que residía en Bilbao, volvió a la facultad. También se continuó con empeño buscando un profesorado joven. En esos años se incorporaron personas que han sido luego figuras clave en la facultad: César Izquierdo, Javier Sesé, José Ramón Villar... También la facultad se estructuró en departamentos: esto se mantiene en la actualidad, con modificaciones, y ha contribuido a fomentar la cohesión intelectual entre los profesores. De hecho, los simposios internacionales se han organizado, durante varios años, rotando entre los diversos departamentos.

En relación con esa estructura departamental un punto importante fue clasificar la posición en el interior de la facultad del Instituto de Historia de la Iglesia, cuya vida ha sido compleja. Empezó en la facultad de Filosofía y Letras, con la pretensión de convertirse en una facultad independiente. Pero la Conferencia Episcopal Española dio un parecer negativo. En ese momento el Instituto se incorpora a la facultad de teología pero sin una configuración clara. Esta situación perdura hasta que se constituye como un departamento, aunque manteniendo su personalidad como Instituto, para la que tan importante ha sido la publicación de la revista *Anuario de Historia de la Iglesia*, en la que hizo un gran trabajo Josep Ignasi Saranyana.

Otro tema muy importante en esos años, aunque venía de antes, fue la publicación de la Biblia de Navarra. En aquellos años la tendencia general de las ediciones de la Biblia era comentar los datos críticos e históricos de los textos. San Josemaría sugirió que se preparase una edición que incluyese anotaciones más teológicas, teniendo más presente los comentarios de los Padres de la Iglesia, etc., sin dejar, claro está, el aspecto histórico-crítico. José María Casciaro y los demás biblistas se inclinaron por editar una Biblia bilingüe latín-castellano, a partir del texto de la Vulgata –y cuando estuvo concluido, el de la Neovulgata–, traduciendo directamente al castellano los textos originales griegos y hebreos. Esta tarea, que implicó en un primer momento a toda la facultad, tenía el riesgo de agotarla. Cuando yo me había incorporado a la Junta, el asunto se estudió con detalle. Enviamos un papel al Gran Canciller exponiendo que esa edición de la Biblia debía corresponder sólo al departamento de Escritura, cuyo personal debería aumentar o, en caso contrario, se tardaría bastante más de veinticinco años en culminar el proyecto. Al poco coincidí con don Álvaro, que me dijo en tono de broma que éramos unos exagerados. El hecho fue que se incorporaron algunos profesores jóvenes: Juan Chapa, Francisco Varo, Vicente Balaguer. Se cuidó su formación bíblica, y se intensificó la de alguno de los que ya estaban, de manera que en la actualidad todos los profesores de ese departamento han realizado estudios bíblicos o semíticos, sea en la Universidad Complutense, sea en el Trilingüe de Salamanca, sea en Oxford, y todos han pasado alguna temporada en Jerusalén. Por lo demás el trabajo de la Biblia siguió adelante, y el año 2002 vio la luz el último de los volúmenes.

**P.** Además de todo eso, hubo otro acontecimiento importante: la plena configuración de la facultad de teología con los tres ciclos de Bachillerato, Licenciatura y Doctorado. Si no estoy mal informado, eso ocurrió siendo usted decano.

**R.** Se trata, sin duda, del acontecimiento más importante, e independiente de quién estuviera al frente de la facultad, porque remite directamente al Gran Canciller. Cuando la facultad nace en 1969 se acogió a una de las formas jurídicas entonces posible, como facultad de segundo y tercer ciclo. El seminario de la diócesis de Pamplona contaba con una gran historia, aunque en él se reflejara en algunos aspectos la situación crítica de la Iglesia en aquella época. En todo momento, la Universidad de Navarra –y su Gran Canciller– quiso siempre respetar al seminario de Pamplona y su autonomía. Por eso, la facultad de teología nació con el segundo y tercer ciclo, siendo el Centro Superior de Estudios Teológicos de la diócesis (CSET) –es decir, la parte docente del seminario– un a modo de primer ciclo de la facultad. La fórmula hubiera podido funcionar, pero de hecho no funcionó, porque no hubo un buen entendimiento entre el CSET y la facultad. Ya antes se habían nombrado profesores de la facultad de teología a algunos sacerdotes de la diócesis de Pamplona, como José Goñi en Historia de la Iglesia<sup>98</sup>. Pero pronto se vio que las relaciones no crecían. El CSET, en cuanto primer ciclo de la facultad de teología, otorgaba sus títulos en nombre de la Universidad de Navarra, pero no había ninguna relación.

En 1979 se publicó *Sapientia Christiana*, la constitución apostólica de Juan Pablo II sobre Universidades y Facultades eclesiásticas, que reforma los estudios de teología. Ahí se establece que una facultad de teología debe tener los tres ciclos: bachillerato, licenciatura y doctorado. Esto replanteaba la situación, ya que reclamaba que el primer ciclo estuviera realmente integrado en la facultad. Hubo conversaciones a ese efecto con el obispo de la diócesis, José María Cirarda<sup>99</sup>, que era la máxima autoridad del CSET. En alguna de esas reuniones –a veces un poco tensas– intervine yo, junto con Amadeo de Fuenmayor<sup>100</sup>, decano de derecho canónico. Recuerdo que don Amadeo, que era un hombre moderado, dijo en una ocasión algo fuerte y duro en relación con el CSET. Mons. Cirarda le dijo: «Don Amadeo, ¡o retira usted esa

<sup>98</sup> José Goñi Gaztambide (Arizaleta, 1914 / Pamplona, 2002), fue profesor extraordinario del Instituto y luego facultad de teología, desde sus inicios hasta su jubilación en 1984.

<sup>99</sup> José María Cirarda Lachiondo (Baquio, 1917 / Vitoria, 2008), respectivamente, obispo auxiliar del cardenal de Sevilla José María Bueno Monreal (1960-1968), obispo de Santander y administrador apostólico de Bilbao (1968-1971), obispo de Córdoba (1971-1978) y arzobispo de Pamplona hasta que en 1993 se aceptó su renuncia por razones de edad. Sobre el particular, las memorias de mons. Cirarda (*Recuerdos y memorias. De mi ayer a nuestro hoy*, Madrid, 2011, 409 pp.) no contienen ningún dato.

<sup>100</sup> Amadeo de Fuenmayor Champín (Valencia, 1915 / Pamplona, 2005), catedrático de derecho civil en 1943, por la Universidad de Santiago de Compostela; ordenado sacerdote en 1949, fue consiliario del Opus Dei en España entre 1952 y 1956. Doctor en derecho canónico por la Universidad de Navarra en 1965, en 1967 se incorporó a esta universidad como docente de derecho civil y derecho eclesiástico, y fue decano de su facultad de derecho canónico desde ese año hasta 1987.

palabra o no seguimos hablando!». Y don Amadeo contestó: «Retiro la palabra, pero no el concepto». Nos sonreímos ante la salida jurídica de don Amadeo, y seguimos hablando.

Puesto que en Pamplona no se llegaba a una solución, mons. del Portillo tomó la decisión de escribir directamente a la Congregación informando del resultado negativo de las conversaciones y pidiendo que, en esa situación, la Congregación erigiera el primer ciclo en la facultad de teología. Esto implicaba que la facultad debería impartir en adelante todos los años del bachillerato. Al CSET se le abría la posibilidad de afiliarse a una facultad de teología, optando por la de Salamanca. Por nuestra parte tuvimos que redactar unos nuevos estatutos adecuados a *Sapientia Christiana* y organizar un primer ciclo, con todo lo que eso supone de profesores, provisión de aulas, etc. Fue una exigencia fuerte, que la facultad afrontó con ánimo y con muy buenos resultados.

**P.** *Me gustaría trasladar ahora la atención desde el gobierno y la docencia a la investigación, pues una de sus preocupaciones ha sido estudiar la relación entre lo cristiano y lo humano; preguntarse acerca de la identidad del cristiano en la historia y las implicaciones que esto tiene para su vivir en el tiempo y en el mundo*<sup>101</sup>.

R. Sí, esa es una temática clave en mi vida intelectual. Al llegar a Pamplona ocupé la cátedra de teología fundamental, lo que me llevó a estudiar las relaciones entre fe y razón, la credibilidad y racionalidad de la fe, el método de la teología. Sobre esos temas versaron mi investigación y mis clases. Tuve la preocupación de tener discípulos, entre quienes destaca César Izquierdo. A mediados de los años 80 se vio oportuno dar un mayor impulso a la teología moral y espiritual. Como consecuencia, asumí la dirección de ese departamento, dejando la teología fundamental, en la que estaba César Izquierdo, y pasando a ser titular de teología espiritual.

**P.** *¿Eso ocurrió mientras usted era decano?*

R. Efectivamente. La teología espiritual me interesaba y le había dedicado bastante tiempo, desde dos perspectivas. De una parte, el estudio de la espiritualidad del Opus Dei. De otra, la relación entre cristianismo o fe cristiana y mundo. Comencé a ser profesor de teología espiritual y director del departamento de teología moral y espiritual. Había ya varios profesores en ese campo, particularmente en el de teología moral, como Augusto Sarmiento o Teodoro López, y además se incorporaron profesores nuevos, entre otros, Javier Sesé, en teología espiritual, Enrique Molina –que hizo la tesis doctoral conmigo<sup>102</sup>– y Rodrigo Muñoz de Juana, en teología moral.

<sup>101</sup> Ver José Luis ILLANES, *Hablar de Dios*, Madrid, 1969, 206 pp.; *Cristianismo, historia, mundo*, Pamplona, 1973, 241 pp.; *Existencia cristiana y mundo: jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona, 2003, 335 pp.

<sup>102</sup> Su tesis trató sobre: «Los fundamentos de la moralidad en el proporcionalismo y en el pensamiento de G. Grisez y J. Finnis».

Desde muy antiguo, mis primeras lecturas (Maritain, Berdiaev, Marrou...) me habían llevado a interesarme por la filosofía de la historia y, por tanto, por la reflexión teológica acerca del mundo, no como universo físico sino como ámbito en el que se desarrolla e integra la vida del hombre. El espíritu del Opus Dei con su valoración de la vida ordinaria, del trabajo, del conjunto de las realidades terrenas, me impulsaba en esa misma dirección. Sin duda, pasar de la teología fundamental a la espiritual fue un salto, pero con una continuidad de fondo porque en ambos casos juega la relación entre lo terreno y eterno, entre lo humano y lo divino.

Este es un tema que lo ha tratado muy bien Joseph Ratzinger, ya desde su época académica. Una de las ideas centrales de su pensamiento es que hay un paralelismo estricto entre el modo de entender las relaciones entre fe y razón y el de comprender las relaciones entre cristianismo y mundo, cristianismo y sociedad, cristianismo e historia. Afirmar sólo la fe y negar la razón conduce, en la vida espiritual y en las sociedades, a una santidad que es ajena a lo humano, y al fundamentalismo. Y al contrario, afirmar un predominio absoluto de la razón implica negar que la fe tenga valor ético y humano y, en consecuencia, dar paso a un laicismo y un racionalismo negadores de los aspectos más radicales de la subjetividad humana. Por tanto, debe haber un equilibrio, una síntesis entre fe y razón, entre lo divino y lo humano, entre experiencia espiritual y experiencia humana, entre vocación humana y vocación divina, por decirlo con una terminología muy querida por san Josemaría. Entré desde esa perspectiva a la teología espiritual, aunque como es lógico me ocupé también de otros temas, como puede comprobarse viendo el tratado que publiqué después de mi jubilación<sup>103</sup>.

## V. PAMPLONA Y ROMA, DESDE 2003. LA SÍNTESIS

**P.** *Al jubilarse en 2003 finaliza su etapa docente. Desde entonces gran parte de sus energías se orientan al impulso de la escritura de la historia del Opus Dei, aunque sin abandonar la teología. La historia vuelve a formar parte –y parte grande– de su quehacer intelectual.*

**R.** Exactamente, sin abandonar la teología, pues después de esa fecha he dado algún curso como profesor visitante de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, he participado en congresos en Roma, en Pamplona y en otras ciudades. Pero la historia, y concretamente la historia del Opus Dei vuelve a un primer plano.

Ciertamente, mi vida intelectual y académica ha estado en parte condicionada –dicho en términos quizás presuntuosos– por el servicio a las necesidades de la Obra. Después de mi ordenación sacerdotal me dedico a la teología en Roma, al mismo

---

<sup>103</sup> José Luis ILLANES, *Tratado de teología espiritual*, Pamplona, 2007, 593 pp.

tiempo que trabajo en la información sobre el Opus Dei; después de un intermedio dedicado a la Oficina Histórica, llego a la facultad de teología, donde paso cuando conviene a la teología moral. Y, a partir de 1999, vuelvo de nuevo a la historia. Debajo de estos cambios hay una preocupación unitaria, que tiene que ver con el núcleo de lo que heredo de mi padre y que luego el espíritu del Opus Dei potencia tremadamente. Mi padre tenía una idea del cristianismo con una proyección social: no un planteamiento tradicionalista ni demócrata cristiano, sino una conexión más profunda entre cristianismo y democracia, fe cristiana y civilización moderna. El espíritu del Opus Dei retoma y da un vuelco a esa inquietud, buscando poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas.

¿Qué ocurre en 1999, en que vuelvo a la historia, como decías? En 1982 se había resuelto la configuración jurídica del Opus Dei mediante la erección en Prelatura personal. En 1992 había sido beatificado su fundador y la canonización podía llegar pronto. En cualquier caso, iba a llegar pronto el año 2002, por tanto el centenario del nacimiento de san Josemaría, que debía ser celebrado. En ese contexto, el Prelado del Opus Dei, Javier Echevarría, decide en 1999 constituir una comisión coordinadora, que considere cómo promover el estudio sobre san Josemaría en las facultades de Pamplona y de la Universidad de la Santa Cruz<sup>104</sup>. Esa comisión, que presido yo, la integraban un historiador, un teólogo y un canonista tanto por Navarra como por la Santa Cruz.

La comisión empieza a funcionar, pero pronto vimos que no era fácil concretar. ¿Cómo tiene que proceder? ¿Elabora proyectos de investigación, que luego manda a los decanos o directamente a los profesores? ¿Cuál es su autoridad? Después de algunas reuniones, mantuve una larga conversación con el entonces rector de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Lluís Clavell<sup>105</sup>. De ahí salió una conclusión: la única forma de institucionalizar algo con sustantividad que no colisionara con las facultades era dar vida a un instituto histórico sobre san Josemaría. No era una idea original, porque hay multitud de institutos históricos sobre personalidades o instituciones en muy diversos países. Además, contábamos con un precedente: un Centro de Documentación y Estudios sobre Josemaría Escrivá existente en Pamplona. Tanto a Lluís Clavell como a los miembros de la comisión y otras personas con las que hablé les pareció una buena idea, de modo que envié al Prelado un escrito sugiriendo la erección de un Instituto Histórico de san Josemaría. Le pareció bien y, con fecha 9 de enero de 2001, tuvo lugar su erección.

<sup>104</sup> Se refiere a la Pontificia Università de la Santa Croce: Álvaro del Portillo erigió en 1984 el Centro Académico Romano de la Santa Cruz, cuyo crecimiento en alumnos y facultades eclesiásticas llevó a la Santa Sede a erigirlo primero, en 1990, como Ateneo Pontificio y, en 1998, en Universidad Pontificia.

<sup>105</sup> Lluís Clavell (Barcelona, 1941), profesor entre 1979 y 1991 en la Pontificia Università Urbaniana, y rector de la Pontificia Università de la Santa Croce entre 1994 y 2002.

Este Instituto Histórico tiene un doble precedente: la comisión coordinadora y el Centro de Documentación de Pamplona, que, una vez nacido el Instituto, queda erigido como una sección suya. En el Instituto, en su sede en Roma, se incorporaron junto conmigo Carlo Pioppi, italiano formado en Milán; Federico Requena, que había colaborado con el Centro de Documentación; y Luis Cano, que estaba realizando la tesis en historia de la espiritualidad en la Universidad de la Santa Cruz. Poco después se incorporaron Marisa Montero y María Eugenia Ossandón, chilena. Para reflexionar sobre el trabajo del Instituto se celebraron en 2002 y 2003 dos convivencias de historiadores e historiadoras, ambas internacionales. De la multitud de ideas propuestas, la más clara y apoyada fue crear una revista que diese cuerpo al Instituto, promoviese entre la gente de la Obra el interés por las investigaciones históricas sobre el Opus Dei y ofreciese a los historiadores un punto claro de referencia para el conocimiento de la historia de la Obra. Así empezó la revista *Studia et Documenta*, de periodicidad anual. Paralelamente, el Prelado encomendó al Instituto la tarea de coordinar la preparación de ediciones de las obras completas de san Josemaría. Esas dos –junto a una colección de monografías– constituyen las tareas que vertebran el Instituto.

**P.** *La finalidad de ese Instituto, ¿es apologética, científica, divulgativa...?*

**R.** Es decididamente científica: promover una investigación rigurosa y de estilo académico sobre el Opus Dei y su fundador. La investigación sobre la vida de san Josemaría no la ha iniciado el Instituto: es anterior la amplia investigación realizada para el proceso de canonización de san Josemaría, orientada a mostrar su santidad. Se hizo un gran trabajo, como lo manifiesta la gran biografía de Andrés Vázquez de Prada, que pudo aprovechar la investigación emprendida por la Oficina Histórica, primero en Madrid y, sobre todo, luego en Roma. No obstante, queda mucho por investigar sobre la vida de san Josemaría y la historia del Opus Dei, desde perspectivas diversas de la hagiográfica, para entrar así en diálogo con el mundo académico.

Una investigación histórico-científica sobre el Opus Dei plantea en estos momentos algunos problemas, derivados simplemente de la juventud del Opus Dei. El tiempo va cada vez más deprisa, pero todavía no ha llegado al centenario de su fundación ni se han cumplido los cincuenta años desde la muerte de su fundador. Estamos todavía muy cerca de los acontecimientos, los archivos no están todavía plenamente organizados y disponibles... Pero, aun con esos límites, se puede hacer mucho para presentar al mundo científico la realidad del Opus Dei y contribuir, desde esa perspectiva, a la historia de la Iglesia.

**P.** *¿Qué relación hay entre el Instituto y el Prelado o las autoridades de la Obra?*

**R.** Parecida a la que existe entre la Universidad de Navarra o la Universidad de la Santa Cruz con su Gran Canciller, que es su autoridad suprema. El Instituto es autónomo, no está adscrito a ninguna Universidad, aunque podría teóricamente estarlo. La junta directiva del Instituto está en Roma y se relaciona con el Prelado a través del Prefecto de Estudios del Consejo General.

**P.** *¿Cuál es el interés del Prelado por la historia del Opus Dei?*

**R.** Mons. Javier Echevarría es consciente de que el Opus Dei no puede dejar que su historia la hagan otros o, mejor dicho, *sólo* otros, porque toda persona que lo desee podrá siempre escribir sobre el Opus Dei: nadie se lo puede prohibir. Pero es lógico que el Opus Dei se interese por su propia historia. Y eso que es válido para cualquier institución, quizás se acentúa en el caso del Opus Dei, porque su historia ha sido compleja, como la de toda institución que implica una novedad histórica: y el Opus Dei lo ha sido y lo sigue siendo en muchos sentidos. El Prelado sigue muy de cerca la labor del Instituto. Aparte de consultas u observaciones por escrito, solemos tener con él una o dos reuniones informativas al año para contarle cómo va el trabajo. Recibimos de él sugerencias e ideas, y un apoyo constante.

**P.** *Por lo tanto, de una parte hay una vinculación y un respaldo institucional y, de otra, una finalidad científica y académica. ¿No colisionan estos dos aspectos?*

**R.** En principio no, porque al Opus Dei le interesa que su historia se haga bien y, por tanto, científicamente, acudiendo a las fuentes, analizando los problemas, etc. Un instituto histórico debe tener en cuenta también lo que en un determinado momento puede ser prudente y oportuno: ¿Es ahora el tiempo de lanzarse a esta investigación o es mejor esperar que esa temática madure algo más? Los miembros del Instituto y el Prelado del Opus Dei compartimos la convicción de que debe elaborarse una historia del Opus Dei científica y que haga resplandecer la verdad ante el mundo académico. No una historia que quede bien o se adapte a la opinión pública de cada momento, sino que certifique la verdad histórica. Esto habrá que hacerlo con el mismo sentido de responsabilidad con que debe proceder todo historiador consciente del valor y sentido de su ciencia.

**P.** *Mencionó antes el Centro de Documentación sobre Josemaría Escrivá vinculado a la Universidad de Navarra. ¿Estuvo usted también en su origen?*

**R.** El Centro de Documentación tiene un origen remoto, a raíz de una propuesta de Javier Hervada de constituir en la Universidad de Navarra un centro de documentación sobre san Josemaría, que facilitase a los investigadores todos los libros y artículos sobre san Josemaría o el Opus Dei, o confeccionase una base de datos. El rectorado aceptó la sugerencia y mandó la propuesta a la facultad de teología, en la que era decano Pedro Rodríguez, para que se ejecutara. Se le encargó a Antonio Aranda, pero poco después Antonio se marcha a Roma, con lo que el asunto se para. Luego se reanuda, ya con el nombre de Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer. Fui nombrado director y empecé a buscar colaboradores. Contacté en Barcelona con Jaume Aurell; en Sevilla charlé contigo, entre otras personas; en Madrid, me entrevisté en la estación de Atocha con Mario Fernández Montes, a quien le propuse (y aceptó) ser el documentalista del Centro. En colaboración con la biblioteca de la Universidad, el Centro inició enseguida su labor bibliográfica y es hoy el lugar donde puede encontrarse la mejor información bibliográfica sobre el Opus Dei. Está además en marcha una biblioteca virtual. Al co-

mienzo, pensamos también en editar una revista, pero nos pareció *muchísima tela*. Josep-Ignasi Saranyana ofreció (y aceptamos) la posibilidad de publicar unos cuadernos en el *Anuario de Historia de la Iglesia*, que dirigía<sup>106</sup>.

**P.** ¿Cuál es el impacto alcanzado por *Studia et Documenta*, entre gente del *Opus Dei* y en el mundo académico? ¿Tienen otras iniciativas en marcha?

**R.** La revista es aún joven. Ha publicado solo seis números y el séptimo aparece en marzo de 2013. Ese tiempo, que implica ya una clara continuidad y manifiesta la realidad de un trabajo, es poco para el mundo científico, lento en la forma de moverse. De todas maneras es ya una revista conocida, con bastantes intercambios; y algunas de las revistas más prestigiosas en el campo de historia de la Iglesia, como es la *Revue d'histoire ecclésiastique*, nos sigue y cita la aparición de cada nuevo número. Estamos ahora en negociación para indexar la revista en varias bases de datos, y esperamos conseguirlo próximamente. En general, los números que se han publicado tienen un nivel científico bueno, con artículos, documentación e información bibliográfica de interés. Habrá que crecer y mejorar –como en todo–, pero pienso que vamos bien encaminados.

Respecto a las otras actividades, la colección de obras completas ha publicado ya tres volúmenes en edición histórico-crítica: las de *Camino* y *Santo Rosario*, a cargo de Pedro Rodríguez; y la de *Conversaciones*, realizada por mí con la colaboración de Alfredo Méndiz, miembro también del Instituto. Se ha elaborado un plan para editar en plazo más bien breve la edición histórico-crítica de las obras publicadas en vida de san Josemaría. Luego se pasará a las inéditas y a las póstumas. También la colección de monografías va adelante, pues se han publicado tres libros para períodos de la vida de san Josemaría: los años de Logroño, la formación en el Seminario de Zaragoza, y sus años como capellán y rector del Patronato de Santa Isabel, en Madrid.

En estos momentos estamos ultimando un trabajo de envergadura: un amplio diccionario histórico-doctrinal sobre san Josemaría. La iniciativa ha sido de los carmelitas de la editorial Monte Carmelo, en Burgos, que dirigen una colección de grandes diccionarios sobre personalidades cristianas. El director de la editorial nos planteó la posibilidad de publicar un diccionario sobre san Josemaría, y como es lógico aceptamos. Espero que en enero o febrero de 2013 esté listo para ser entregado a la editorial, para las tareas de maquetación, impresión, etc. Doscientos veinte colaboradores han elaborado doscientas ochenta voces de carácter histórico, espiritual, canónico, filosófico y teológico. La dirección del trabajo ha corrido a cargo de un comité de redacción, que presido, y que está integrado por miembros del Centro de Documentación de Pamplona, desde donde se ha llevado a cabo la coordinación.

---

<sup>106</sup> Se publicaron entre 1997 y 2003 (cf. Jaume AURELL y Onésimo DÍAZ, *La historia de unos orígenes: los Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer*, en *Studia et Documenta*, 1 [2007], pp. 233-244).

**P.** *El 2028 es el primer centenario de la fundación del Opus Dei: ¿han previsto algún plan de publicaciones o de actos para esa efeméride?*

**R.** Todavía no. Tenemos conciencia de que esa efeméride está cerca, y estamos estudiando qué puede hacerse. Algo que no sea excesivo y levante expectativas que luego quedan fallidas, pero que tampoco sea raquíntico. Ese aniversario dará ocasión a otras muchas cosas, y también se hará algo desde el punto de vista de la investigación histórica, pero qué sea lo que el Instituto impulse no está aún definido. No podemos tardar mucho en decidirlo, porque aunque todavía faltan quince o dieciséis años, no es tanto tiempo desde el punto de vista científico.

## VI. A MODO DE RESUMEN

**P.** *En la recta final de esta entrevista podríamos trazar un balance, si le parece. A lo largo de sus casi ochenta años de vida, ha emprendido muchas empresas intelectuales. ¿Se atrevería a destacar alguna en especial? ¿Siente predilección por alguna etapa de su vida? ¿Hay algo que le haya gustado particularmente hacer?*

**R.** Es muy difícil contestar. Aunque he tenido problemas y vivido momentos duros, como cualquiera, estoy contento con todas las etapas de mi vida, no tengo ninguna a la que calificar como desgraciada [se ríe]. Tal vez haya contribuido mi carácter y mi fe cristiana, pero el hecho es que, mirando hacia atrás, todas las etapas de mi vida me parecen en su conjunto claramente positivas. Tengo unos maravillosos recuerdos de mi infancia y de juventud, del hogar de mis padres y de las vivencias de familia; sigo muy relacionado con mi hermana y con mis sobrinos, con los que me unen lazos de profundo afecto. Le doy gracias a Dios por mi vocación al Opus Dei, con la que me siento feliz. En algunos momentos he tenido que renunciar a cosas y a posibilidades, pero al final encuentro que mi vida está bastante llena. No echo de menos nada. Podría haber hecho otras cosas distintas de las que he hecho: ciertamente, sí. Pero las que he hecho están bastante bien y me dejan bastante feliz.

Subrayaría dos cuestiones. Una es que, desde una perspectiva intelectual, soy teólogo: no una de las grandes figuras de la historia de la teología, pero dentro de la teología española no quedo mal situado. Y otra, respecto a mi condición de miembro del Opus Dei, es que he trabajado eficazmente en la tarea de difundir el espíritu de san Josemaría, con mi vida y con mis escritos. Son las dos cosas que me llenan más. Ambas contribuyen al bien de la Iglesia, que es lo que a todo cristiano le tiene que importar en el fondo, aparte –claro– de la salvación eterna.

**P.** *¿Destacaría alguno de entre sus libros, por su relieve, por su aportación, por la dificultad de realización?*

**R.** De los libros, quizá destacaría tres, representativos de los tres campos en los que he trabajado. *Santificación del trabajo*, que es mi primera obra, el primer libro que se publica sobre el espíritu del Opus Dei y el que abre una de mis principales líneas

de investigación científico-teológica. El segundo, *Sobre el saber teológico*, que evoca mi dedicación a la teología fundamental<sup>107</sup>. Y el tercero, el *Tratado de teología espiritual*, publicado después de mi jubilación, que tuvo lugar en 2003, setenta años después de mi nacimiento. Con ese motivo se celebró un acto de homenaje muy simpático del que guardo muy buen recuerdo, y se editó un libro con colaboración de bastantes amigos y colegas. El *Tratado de teología espiritual* apareció en el 2007, cuatro años después, y es como la coronación de mi docencia en la materia. He enseñado teología fundamental, y contribuido a dar vida a unas jornadas de teología fundamental que vienen reuniendo a profesores españoles y portugueses de esa disciplina, pero la teología espiritual es la materia que más ha dominado mi historia, porque la santificación del trabajo se mueve en una línea de teología espiritual, y mi reflexión sobre el mundo y sobre la historia incide en la misma dirección.

**P.** ¿Cómo comprende usted la historia? En concreto, ¿piensa que la clave de la historia es inmanente al discurrir temporal o trasciende a la simple voluntad humana?

**R.** Eso equivale a preguntar qué pienso de Hegel. Lo diré en pocas palabras: soy profundamente antihegeliano. La historia no tiene, ni puede tener, un fin inmanente a sí misma. La historia no tiene más fin –dando a la palabra fin un sentido fuerte y plenificador– que el reino de los cielos. Que algo dentro de la historia dé razón de todo lo que antecede... que es lo que tiende a pensar Hegel..., es decir, que el juicio universal se identifique con la historia universal, que se autojuuga a sí misma, me parece reductivo y contradictorio. Es negar que el hombre tenga una verdadera trascendencia. Pero una vez dicho esto debe añadirse otra cosa. No es verdad tampoco lo que dice Shakespeare por boca de Macbeth: «La historia es un cuento escrito por un loco que no sabe hacia donde va»<sup>108</sup>. La historia no es un sinsentido, puesto que tiene un sentido trascendente. Pero además hay fines, unidades de sentido en la inmanencia de la historia. Los eventos tienen que ver unos con otros. Hay conexiones históricas, y el historiador puede investigarlas, analizar qué inteligibilidad tiene el acontecer histórico concreto, pero sin olvidar que esa inteligibilidad no da razón de todo, hay algo más.

Suele decirse que la primera guerra con un número grande de bajas fue la guerra de Crimea, donde murieron doscientos cincuenta mil soldados. Muchos, pero nada comparado con los millones de muertos en otras posteriores. La historia de cada uno de estos doscientos cincuenta mil soldados no queda explicada por el equilibrio que se estableció en el Oriente europeo después de 1856. Ni las dos guerras mundiales por el equilibrio –global, pero frágil– que se alcanzó después de 1945.

<sup>107</sup> *Sobre el saber teológico*, Madrid, 1978, 287 pp.

<sup>108</sup> Las palabras textuales de Macbeth, según la edición de Gredos (Madrid, 2005) son: «La vida [...] es una historia contada por un loco, toda llena de estrépito y violencia, mas sin ningún sentido» (*Macbeth*, acto V, escena V).

Hay siempre un *algo más* que no se explica: la vida y la historia de cada ser concreto. Solamente en el reino de los cielos historia universal e historia singular serán ambas plenamente explicadas. ¿Plenamente explicadas o trascendidas, es decir, situadas en un plano superior en el que la explicación del pasado pierde importancia? No me atrevería a responder a esa pregunta. En cualquier caso, como dice la *Gaudium et spes*, entonces encontraremos todo lo bueno que hemos hecho en la tierra, aunque –si no me fallan los adjetivos– «transformado y purificado»<sup>109</sup>. El reino final, la consumación final, no acaece sin referencia a la historia. La historia no acontece en vano. No hay una predestinación previa e independiente de la historia de modo que ésta sería sólo un juego, ya que todo está ya decidido de antemano. No, lo definitivo se decide en el hoy de la historia. Y el hoy de la historia se recoge en la escatología, aunque Dios, que es generoso hasta el extremo, dará más de lo que la historia ha sido.

---

<sup>109</sup> La cita remite a la *Gaudium et spes*, n. 39: «Los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino universal y eterno».